Mundo Argentino

Año VIII.—Núm. 404

Octubre 2.—1918



La Maravilla, aplaudida bailarina española

Fot. F. Bixio y Cía.

ULTIMAS INFORMACIONES GRAFICAS DE LA GUERRA EUROPEA



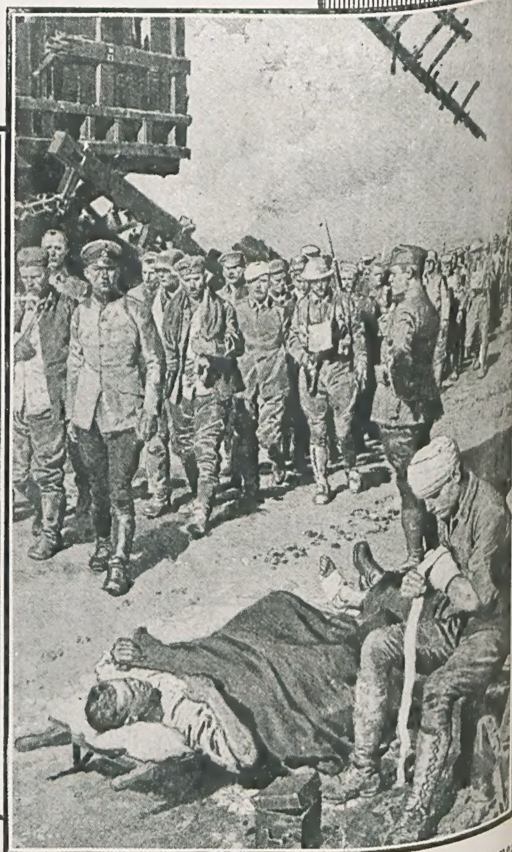
El presidente Poincaré felicitando a unos panaderos que quedaron en Château-Thierry durante el tiempo de ocupación alemana.



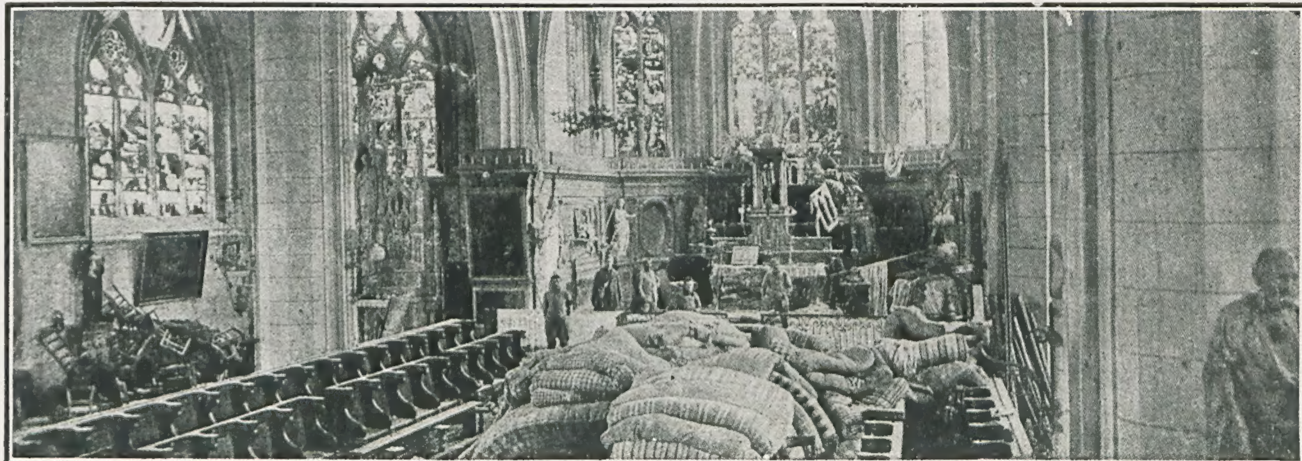
Tropas norteamericanas asaltan las posiciones alemanas, al grito de "¡Lusitania!"



El rey Alberto de Bélgica desembarca en la costa de Inglaterra, después de haber cruzado el canal de la Mancha en aeroplano



Prisioneros alemanes conducidos a retaguardia del sector norteamericano



Cómo fué hallada la iglesia de Château-Thierry al ser reconquistada esta localidad por los franceses

Mundo Argentino

Semanario popular ilustrado, el de mayor tirada en la América del Sur



Aparece los miércoles
Editado por la empresa Haynes
Maipú 393. — Bs. Aires

Precio del ejemplar al público en todo el país: 0.10.

Precio de la subscripción anual: $ 5 m|n. en toda la república y $ 3 oro en el extranjero.

Agente exclusivo para la venta en el Uruguay: Angel Adami, 18 de Julio, 813, Montevideo. — Esta agencia recibe subscripciones anuales de toda la república a $ 2.50 oro.

Agente exclusivo en Chile: Alfredo Sánchez A.—Casilla de Correo 3536—Santa Mónica 2169, Santiago.

Agente exclusivo para el Paraguay: Rufino D Recalde, Avenida Colón, 185, Asunción.

Agente en San Paulo (Brasil): Antonio Anunziato, Rua San Bento, 67.

Los reporters y fotógrafos de la capital se hallan munidos de una credencial en forma, lo cual debe exigirse en todos los casos.

No se devuelve los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de los recibidos.

AÑO VIII, N.° 404.—Bs. As. Octubre, 2, 1918

LA SEMANA

Un cáncer en el organismo nacional

En el breve discurso con que fundó su proyecto de ley para combatir las enfermedades infecto-contagiosas, el senador Torino comunicó impresionantes informaciones al cuerpo a que pertenece. El número de vidas arrebatadas por esas enfermedades durante el período 1911-1916, fué de casi un cuarto de millón, a lo que no alcanzan las poblaciones de Salta, Jujuy y La Rioja reunidas. Las víctimas correspondientes a la tuberculosis fueron 80.000, tanto como la población de la provincia de La Rioja. ¡Y eso en seis años!

En algunas provincias la mortalidad suele ser mayor que la natalidad. En junio la capital de una de las provincias andinas, no recordamos bien si La Rioja o Catamarca, tuvo alrededor de tres veces tantas defunciones como nacimientos, correspondiendo la mayor parte a la mortalidad infantil. En San Juan hubo en agosto 90 defunciones contra 67 nacimientos. En Desamparados, departamento de la misma provincia, y que bien merece ese nombre, murieron tres niños en una sola noche y en una misma casa. En Angaco Norte, y también en una misma casa, fallecieron cinco niños, sobre seis que había, en breve espacio de tiempo.

Es mucha verdad lo que hace poco decíamos. Si la población argentina mayor de 20 años es apenas igual a la extranjera de la misma edad, débese a que los argentinos perecen en número escandaloso en la infancia y en la adolescencia. Si la cifra de los analfabetos y de los niños sin escuela, con ser grandísima, no es abrumadoramente mayor, débese, por desgracia, a la mortalidad infantil, que no a los esfuerzos hechos por los gobiernos de cuarenta años, para combatir el analfabetismo. Pues no hubo tales esfuerzos, sino el comerse los dineros de la instrucción pública.

Donde la mortalidad hizo sus mayores estragos fué entre la población criolla y en las provincias pobres. Culpa fué de las aristocracias locales que las gobernaron, y del porfirismo de muchos que reinaba en el orden nacional. Años de extraordinaria prosperidad pasaron sin que ellos cumpliesen ese deber elemental de los gobiernos, que consiste en difundir las cloacas y las aguas corrientes.

No es extraño que según el nuevo censo las provincias pobres debieran perder representantes en las cámaras. Los gobernantes que tuvieron no eran gobernantes, sino enterradores. Los senadores que, como los señores Joaquín V. González, Civit y Benito Villanueva, tanto se opusieron a la representación con arreglo al censo, llegan tarde para prestar un servicio a esas provincias. Debieron prestárselo, cuando eran gobernadores, ministros, ases de la política, llevándoles aguas corrientes y cloacas... ¡y escuelas!

El crecimiento de la población argentina, que por lo demás fué muy mediocre, ha sido principalmente obra de la inmigración. Y ahora no tenemos inmigración, ni la tendremos hasta que Europa haya curado de sus heridas, que quién sabe cuándo será, y que por el momento sólo continúan ahondándose y agravándose.

Y entre tanto existe un cáncer en el organismo nacional, esa mortalidad extraordinaria, que es imposible combatir eficazmente, si no es con aguas corrientes y cloacas. Urge que el país haga un sacrificio para combatirla. El niño o el joven que mueren hoy, dijimos asimismo ora vez, se llevan consigo a la tumba sus hijos y sus nietos, de modo que la mortalidad actual diezma también, y de antemano, las generaciones futuras.

El precio de la lotería

Al dorso de los billetes de lotería dice: "Es prohibido cobrar por este billete mayor precio que el fijado por la Administración". La prohibición no puede ser más terminante. Sin embargo, todo el mundo ha visto estos días que las vidrieras de numerosas agencias ostentaban letreros con la siguiente inscripción, alusiva a la lotería chica: "El quinto, $ 1.30". ¡¡Cuando su valor escrito es solo de $ 1,05, con impuesto! Cómo la autoridad ha permitido la ostentación de esos letreros, es cosa que nosotros no nos explicamos, y que ella no podrá explicar satisfactoriamente.

Otros letreros que nos llamaron la atención, fueron unos que decían: "Se juega pasado mañana". ¡Y aún faltaban cuatro o cinco días! Sin duda los vendedores de billetes temían quedarse con su mercadería, pues ya se sabe que otros agencieros recomiendan al público que no compre lotería hasta el día de la jugada, para conseguirla por su valor escrito.

Insistimos en que se haga cesar la explotación de que se está haciendo víctima al público. No es posible que además de los males inherentes al juego de lotería, se haya de soportar la indignidad de que sirva para que los holgazanes exploten al público y vivan a sus expensas. ¿Puede o no puede la autoridad hacer efectiva la prohibición de vender los billetes a precio más alto que el escrito? Si no puede, que suprima la lotería o que la haga vender por las sucursales del correo y del Banco de la Nación.

En cuanto al público, haría muy bien en seguir el consejo de los agencieros que le recomiendan no comprar lotería hasta el último momento. Un colega hacía notar hace poco, que la lotería, cobrada con recargo, se convierte en un verdadera estafa. Jugando constantemente un quinto (calculamos de la chica) por extracción, las probabilidades son de sacar un premio chico cada cuatro o cinco jugadas, y uno medio o grande ¡cada dos años! Si el quinto se le cobra por su valor escrito, ha gastado en los dos años, despreciando el impuesto, 96 pesos, y si ha sacado el término medio de premios chicos, ellos se reducen a la mitad, o sea 48. Aun en estas condiciones, es menester, para que no pierda plata, que el premio adicional que saque una vez cada dos años, sea, por lo menos, de la quinta categoría, caso en el cual ganará poco más o menos tanto como ha gastado, es decir, unos 50 pesos... ¡en dos años! Si saca un premio de la sexta categoría, ya pierde unos 10 pesos. Y mucho más fácil será que lo saque de la sexta que de la quinta, pues el total de premios de las cinco primeras categorías, la grande inclusive, no es más que de 14... ¡entre 29.000 números!

Pero si le venden el quinto con recargo, ni aun con la quinta categoría gana nada. Tiene que sacar, por lo menos, un premio de la cuarta categoría, y aun con ese, solo habrá ganado 150 pesos... ¡en dos años! Y sacar un premio de la cuarta categoría es mucho más difícil que sacarlo de la quinta, pues en las cuatro primeras categorías no hay más que seis premios.

El negocio de la lotería es de suyo bastante ridículo, y si los billetes se cobran con recargo, no tiene asidero de ninguna clase, y comprar billetes es hacer hacer el primo hermano.

Bailes públicos

Está bien inspirado, aunque sólo la práctica diría de la eficacia de la ordenanza, el proyecto de la intendencia sobre reglamentación de bailes públicos, por el que se quiere impedir que un poderoso factor de corrupción ejerza su influencia sobre la juventud de ambos sexos. Las autoridades patriotas han de esforzarse siempre en impedir la corrupción del pueblo, porque es de los pueblos desmoralizados que se hacen los pueblos esclavos.

Pero también es necesario que la juventud se divierta, y las diversiones de la juventud son en Buenos Aires un problema. El baile es la diversión preferida por ella, pero debido a razones financieras y a la falta de intimidad entre los habitantes de una población heterogénea como la nuestra, le es difícil proporcionarse esa diversión en condiciones honestas y en forma que reuna todos sus atractivos.

La Municipalidad debería autorizar el baile, por la tarde y por la noche, en todas las plazas y parques de los barrios suburbanos, y en lo posible, proporcionar también la música. No se tema en manera alguna la alteración del orden, pues éste no se altera cuando hay interés en conservarlo, como sería el caso de los concurrentes a esos bailes, es a saber, los propios vecinos. Tenemos la plena seguridad de que si se hiciese un ensayo, no se perturbaría el orden en esos bailes, y que en cambio se demostraría que sus beneficios sociales valdrían tanto o más que los del juego del football.

EL CAZADOR FURTIVO



John Bull.—¿Qué está haciendo con esa pieza?
El Kaiser.—Me he apoderado de olla para ofrecérsela en caso de que me atrapara.

Derecho de huelga

Vemos que aquí y en el Uruguay la opinión culta se inclina a desconocer el derecho de huelga, no sólo a los asalariados del Estado, sino también a los de empresas particulares de servicios públicos, que es muy distinto.

No vemos el lado práctico de la cuestión. Los derechos se establecen o desaparecen, con independencia de las discusiones académicas, que nada influyen sobre sus destinos. Hoy el derecho de huelga está admitido en general por el sentimiento público, que solo hace cuestión, pero—notadlo bien—que la hace, de la rectitud de su ejercicio, acerca de la cual—notadlo bién asimismo—él mismo es quien se pronuncia, con total prescindencia de asesores. Mañana el derecho de huelga, que no existió antes de ejercerse, habrá otra vez dejado de existir o ejercerce—cualquiera de las dos palabras—por inoficioso o por contraproducente.

Siendo el Estado la representación jurídica de la sociedad, puede parecer que cuando sus asalariados se declaren en huelga, se coloquen en una situación excepcional, contra el Estado y exteriormente a la sociedad. Pero esta posición no resulta automáticamente de la declaración de la huelga, sino de los caracteres particulares de la misma. Si en el sentimiento público los asalariados del Estado son oprimidos, la huelga será tanto más justa ante el sentimiento público, cuanto menos el Estado tiene interés ni intención de oprimir a sus asalariados, como, en efecto, no los tiene, sino al contrario, y cuanto más la opresión repugna al sentimiento público, como, en efecto, le repugna.

Lo que precede puede expresarse también en enunciado recíproco, diciendo que la huelga es justa en el sentimiento público, cuando en el sentimiento público los asalariados están oprimidos, pero que de aquí en adelante los huelguistas se colocan contra el Estado y exteriormente a la sociedad, y su causa queda perdida y desacreditada ante el sentimiento público, sin que la buena voluntad de nadie sea fuerza a remediarlo.

Esta forma dice de suyo cuán delicado paso es para los asalariados del Estado el declararse en huelga. Antes de hacerlo les toca estudiar el caso en sus relaciones con el sentimiento público, y nunca con independencia del mismo, y les será necesario esforzarse en no engañarse, puesto que les será imposible modificar un sentimiento que se pronuncia sin asesores, obedeciendo a sus disposiciones naturales.

Una cosa que podrá perturbar el juicio de los asalariados del Estalo, es la opinión, que indudablemente tendrán algunos, de que el Estado debe desaparecer. Pero esta opinión no debe intervenir para nada en sus resoluciones, pues si es admisible que la profesen como ciudadanos, no es lógico que lo hagan como asalariados del Estado, a cuyo solo título es que se declaran en huelga.

Obligaciones militares

"La Prensa" ha publicado un proyecto del doctor F. Albarracín, sobre reforma de la imposición de tasa militar. El proyecto se propone aumentar el monto total que el Estado percibe en concepto de la misma, haciéndola extensiva a los ciudadanos exceptuados por sorteo. Para los exceptuados legalmente a quienes sea fácil disponer de cien pesos, el proyecto Albarracín no carece de atractivos, pues él fija la tasa en esa suma, pagadera en una sola vez. Pero para todos los demás, el proyecto es desventajoso.

El proyecto parece modificar la mente de la ley en la imposición de tasa militar. Dicha mente no puede haber sido otra que la de hacer pagar a los exceptuados los gastos que ellos mismos irrogan en el examen y despacho de sus casos. Pero el proyecto Albarracín transforma la tasa en un tributo.

Nadie tiene particular obligación de concurrir directamente a los gastos de guerra y marina, que es a lo que se destinaría el tributo. Si el Estado necesita más dinero para esos gastos, que los busque por las vías ordinarias.

Lejos de abrumar al ciudadano con cargas militares, tocaría aliviarlo de ellas en cuanto fuese posible, sobre todo si, como creemos, hay manera de hacerlo con beneficio de la defensa nacional. Cabría establecer el servicio militar sobre la base del examen de competencia y del acuartelamiento facultativo, exigiendo al soldado un examen de primeras letras, otro de gimnasia, otro de tiro y otro de ejercicio, y exámenes equivalentes a los clases y oficiales. Habría, por cierto, que designar un día de la semana para academia, día de trabajo, no descontable por los patrones, siendo facultativo concurrir también los domingos y feriados. El Estado consiguiría así, con mucho menor gasto, dar instrucción militar a mucho mayor número de ciudadanos, y dársela tan buena o mejor que actualmente, sin contar que por disposiciones particulares de la ley podría conseguirse que ningún ciudadano argentino pasase de cierta edad sin saber leer ni escribir.

LA "BRAVA"



Chara le decían todos, y nadie en la quebrada de Vasceñán la conocía por otro nombre, aunque se llamaba Sara.

Era una muchacha bizarra y bien formada, del color trigueño mate de los descendientes de incas y godos. Sus ojos eran grandes y expresivos, pero estaban velados por un sombrío tinte de tristeza; parecía como si fueran las ventanas donde se asomaba un alma empapada de nostalgias...

Por mal nombre solían decirle la "brava" porque había tenido siempre mal genio y era la única mujer que había logrado imponérsele a Erasmo, su marido, hombre de funestos antecedentes, pues era sabido de todos que había muerto a sus dos primeras mujeres a fuerza de malos tratos.

Dos años hacía que estaba casada con él y aún no había sentido el inefable placer de una caricia; pero también era cierto que jamás él le había visto una sonrisa; siempre había sido huraña y retraída.

—Vos me has de buscar...—había dicho Erasmo.—No te voy a poder domar a palos, pero yo sé otro modo de amansar potros...

Con la refinada crueldad de los instintos bárbaros, él iba endureciendo aquel corazón en vez de ablandarlo, como lo hubiera tal vez logrado por otros medios; y aunque la quería con toda su alma montaraz, deseaba humillarla, hacer de ella un instrumento dócil e inconsciente y hacerse adorar como un Dios.

Se preguntaba muchas veces si aquella mujer estaría exenta de esa sed de amor que todo ser siente en sí, pues nunca supo que hubiese querido a nadie; ni a su madrastra, ni a sus hermanos; sólo le conocía un amor: su "guacha", una ovejita blanca como un copo de nieve; única dote que ella había traído y que cuidaba con desvelo de madre.

Era el único cariño que le conocía, y, más de una vez, en su salvaje y ahogada pasión, hubiera dado con gusto toda su hacienda porque "ella" le estrechara y le besara como lo hacía con la "guacha"...

. . . .

Era el cumpleaños de Chara, y ésta se había ido muy temprano a visitar a una hermana de Erasmo que se hallaba enferma. Volvía impaciente, pues él le había dicho con inusitada amabilidad, que ese día iba a hacerle un hermoso obsequio...

Ella deseaba con entusiasmo ese día, pues su corazón, tanto tiempo encerrado en la triste lobreguez de su pecho, parecía presentir algo halagüeño, algo desde mucho tiempo deseado y parecía que sus gruesos y bien formados labios rojos sintieran palpitar algo así como un recóndito aleteo de besos...

De pronto, y antes de escalar el último barranco que la separaba del corral, oyó los acelerados balidos de una oveja... la conoció en seguida: era la "guacha".

—¿Qué sucederá?...—se dijo—pero aceleró el paso, tal vez sospechando algo insólito. Los balidos se sucedían cada vez más lastimeros y, como si el animal, presa de infinita angustia, implorase el socorro de su ama... Los últimos montículos los salvó a saltos, y en vez de rodear la cerca de piedra del corral, saltó, atravesó a escape, y cuando pasó la tranquera y se halló frente a la casa, poco faltó para que sufriera un síncope... La "guacha", su regalona, el único amor que había alegrado su vida y el único ser que buscaba su calor y sus caricias, estaba tendida y maniatada sobre la tarima de carnear...

Erasmo acababa de tenderla y empuñando su ancha cuchilla se preparaba a descargar el golpe de degüello sobre el indefenso animal que volvía a todos lados los ojos desencajados de espanto...

Junto a la ramada y mateando tranquilamente, se hallaban varios peones y amigos de su marido, tal vez invitados al "asao", y junto a el, ayudándole a sujetar la res, estaba el peoncito del puesto.

Por los ojos de Chara cruzó un relámpago que de haberlo visto Erasmo hubiera sentido miedo.

Rápida como el pensamiento dió un salto de felino y cayó sobre él deteniéndole el brazo, pero no tan a tiempo que no alcanzara a herir...

La "guacha" se estremeció, lanzó un balido de dolor y un hilo de sangre salpicó el blanquísimo vellón de nieve que la cubría...

—Cobarde...—gritó Chara fuera de sí y haciendo esfuerzos inauditos para desarmarle. Erasmo le contestó con una carcajada a la que hizo eco la gente del corredor del mismo modo. El forcejeaba por defender el arma para terminar su obra, siempre riendo, burlesco, irónico, frenético...

Ella luchaba por desarmarle, cada vez con más ahinco, y en la refriega había recibido algunos tajos en las manos de los que manaba una sangre roja y caliente como la de un toro bravío...

Los circunstantes los habían rodeado disfrutando de tan inesperado como interesante espectáculo, y Erasmo, con su hiriente sorna, seguía riendo, riendo...

De pronto, y al caer los dos estrechamente unidos sobre la tarima, donde la "guacha" seguía quejándose, la risa de Erasmo se cortó reemplazándola un gorgoreo extraño, como el que produce una herida en las vías respiratorias, y el rostro contraído de Chara se vió salpicado de sangre... Había logrado arrebatarle la cuchilla y en el paroxismo de la ira se la había sepultado en la garganta...

—¡Reite, reite agora...—exclamó arrojando lejos de sí el arma ensangrentada.—Vos me tenías un regalo, pero yo te guardaba otro!...

Luego, y comprendiendo que su "guacha" no estaba herida de muerte, la desató con ligereza y en un arranque de cariño salvaje, montaraz, la estrechó contra su pecho...

Ella, con vagido quejumbroso y como comprendiendo lo que aquella mujer había hecho por ella, le lamió la cara...

Erasmo, exánime sobre la tarima, se estremecía bajo los espasmos de la muerte, y el hilo de sangre roja que aún manaba de la herida de la "guacha" fué a mezclarse con la de éste, pero aquélla no era roja, era sangre negra...

Miguel MARTOS.

Dib. de Peláez.

Las esencias de las flores para la perfumería se transportan en frascos de hierro forrados interiormente de cinc y tapados herméticamente.

La edad de los árboles puede saberse contando los anillos que presenta el tronco cuando se le corta transversalmente.

EL ATRASO SOCIAL DEL PAÍS

De acuerdo con lo prometido escribiremos una reseña sintética de las principales innovaciones políticas, sociales y económicas experimentadas por dos jóvenes países, Australia y Nueva Zelandia. Van más de tres años que publicamos algo al respecto. Ahora tomaremos el asunto bajo un punto de vista esencialmente comparativo con las instituciones argentinas, para que el contraste resalte con mayor nitidez.

Por las lecciones que comporta, nada más útil que este parangón. El destruye, por sí solo, la leyenda de que la Argentina es un país adelantado y próspero, como si el adelanto y la prosperidad fueran compatibles con una población que en sus tres cuartas partes por lo menos, vive al margen de la miseria.

La Argentina, — sus gobernantes en primer término — no ha comprendido aún lo que constituye, hoy día, el imperativo de toda sociedad culta y civilizada: la instauración de un orden de cosas completamente nueva, basado en la subordinación inflexible de los intereses individuales a los intereses de todos, los intereses colectivos. Su objetivo es: bienestar social. Dando cierta holgura económica a todas las familias despiértanse facultades adormecidas o mal cultivadas por la generalidad, que yace agobiada por la lucha monstruosamente absorbente y agotadora en pro del mendrugo diario. El "huerto interior", tan descuidado, es cultivado con mayor solicitud. La inteligencia, estimulada por el estudio y la meditación, se aguza y vigoriza, los sentimientos estéticos se afinan y el nivel medio de moralidad se levanta sensiblemente, como nunca lo han conseguido cien millones de severas homilías evangelizadoras.

Los países jóvenes, donde el pesado gravamen de la tradición se siente menos, hállanse en inmejorables condiciones para colocarse entre los primeros en este movimiento de renovación. Nada puede llevarlos a culminar más que transformándose en grandes laboratorios sociales, donde leyes y principios modernos se ensayen resueltamente, sin temor a herir rutina y privilegio, de los cuales podemos decir lo que el sabio inglés John Lubbock de los prejuicios: que se incrustan en la sociedad como los fósiles en las capas geológicas.

Australia y Nueva Zelandia han roto con la rutina social y no pocos privilegios, y han ofrecido al mundo, como manifiesta Reeves, — el más resuelto, acaso, de los campeones de la legislación de aquellos países — "un experimento" colectivo — o que estatal como prefiere decir él — por cierto transcendental y aleccionador.

Aprovechar de aquel experimento, tomar lo bueno que tiene, perfeccionarlo y eliminar lo deficiente, es el camino que tarde o temprano escogerán estos países americanos, el día en que se dispongan a progresar de verdad, vale decir, no solamente en mieses y ganados, sino por el coeficiente de su capacidad y de su cultura social.

Tales experimentos no son nada artificiosos. Los imponen la evolución, ya excesivamente retardada, de la humanidad. Altamente previsores, acortan jornadas dolorosas y, a veces, muy sangrientas, por las que la sociedad atraviesa en su marcha afanosa y accidentada. Vislúmbrase el término de tanta experimentación: la supresión de la explotación del hombre por el hombre mediante la abolición de la propiedad privada, término acelerado por la intensa tragedia universal.

Las instituciones sociales argentinas son atrasadísimas. Las de Australasia, muy respetadas, admiradas e imitadas. Muchos estudiosos y viajeros las han visitado "ex profeso" para observarlas de cerca, en pleno funcionamiento. Todos han salido encantados. La legislación australiana y neozelandesa es tenida muy en cuenta en todos los parlamentos. Un sociólogo francés ha denominado a aquellas remotas colonias de Oceanía "el paraíso de los trabajadores". Un escritor alemán las distingue cual "la tierra de la esperanza social". En castellano, que sepamos, nada orgánico se ha escrito al respecto. Sólo existen alusiones ligeras y dispersas, además de unas cuantas páginas de revista del doctor Ernesto Quesada. En estas referencias, forzosamente compendiadas, nos guiamos por una selecta bibliografía europea, especialmente por los libros, a cual más interesante, de Fraser, Reeves, Métin, D'Aument, Jenks, Seegfried, Ledger, Clarck, Lusk, Vigoreux, Turner, Schmer, Manes, Prato y Jose, que estudian la evolución de aquellas dos colonias, conjuntamente o en uno o varios de sus detalles.

La historia de Australia, en sus rasgos más generales, presenta similitudes con la de la Argentina. En un comienzo fué una simple colonia subalterna, poblada por penados y convictos ingleses. A pesar de su común origen, seis estados autónomos la formaban, como las provincias argentinas, prácticamente, fueron hasta la hora de la organización, estados independientes. Allá, como acá entre las provincias, cada estado recelaba del vecino, imbuído de un espíritu mezquinamente localista. La unión de ellos, intentada en diferentes ocasiones, llevóse a cabo con dificultad, porque mientras unos—como Nueva Gales del Sur—eran librecambistas, otros — como Victoria — eran completamente proteccionistas. Se imponía la unificación de las tarifas aduaneras, labor comenzada por estadistas clarividentes a mediados del siglo pasado. Hubo de vencerse miles de dificultades sugeridas por los intereses creados.

La confederación fué inaugurada recién el 1.° de enero de 1901. En la República Argentina aconteció un fenómeno análogo. La aduana de Buenos Aires, principal fuente de recursos fiscales, provocó—como explicara Alberdi —las prolongadas y sordas rencillas entre la capital y las provincias, retardando por mucho tiempo la unidad de la nación, parcialmente realizada en 1853, completada en 1860 con la incorporación de la provincia de Buenos Aires y consolidada en 1880 con la federalización de la capital. ¡Y después se dice que el factor económico carece de importancia!

Alberto PALCOS.

(Continuaremos en el próximo artículo).



El avance victorioso de los ejércitos aliados.
(De la revista norteamericana "Life").

En el surco

Caen los rayos del sol
ardiente, de mediodía,
sobre la extensión desierta
de la llanura abatida;
la yunta flaca, con pena
la triste cerviz inclina,
tal vez al yugo opresor
que en la coyunda se afirma,
o porque siente quizá
una amargura infinita
ante las cosas amadas
que el rudo arado derriba
y oculta, bajo la tierra
palpitante y renegrida,
que semeja en la extensión
inmensa y profunda herida!

Y los bueyes, al pasar
como adiós de despedida,
van dejando en los rastrojos
un beso lleno de vida;
un beso rústico donde
el nativo amor palpita;
un beso que se prolonga
hasta que el picador grita,
y hunde en sus ancas "charconas"
que están repletas de heridas,
el clavo agudo, insultante,
de la picana homicida!

Entonces, los ojos llenos
de mansedumbre, se irritan,
y parecen suplicar
en una mirada esquiva:
"romped la tierra y sembrad
el fruto que os dé la vida,
pero... ¡dejadnos también
llorar las cosas queridas
que la civilización
en su ambición de conquista
destroza y hunde en la entraña
de nuestra tierra patricia!"

Al romperse, los terrones
arrastran en su caída
los abrojales, y allá
enseñan las margaritas
sus tallos hechos pedazos
y sus corolas marchitas;
entristecidos, los bueyes
van sollozando su cuita
y contento, el picador
alza la picana y grita
insultante interjección
que hace estremecer las fibras
de dolor, mientras los héroes
llenos de pena, caminan...
¡parias dolientes que llevan
el peso de algún estigma!

. . . .

Y cuando el sol al morir,
en el horizonte brilla
y entre las nubes obscuras
deja una mancha rojiza;
y cuando ya el picador
su ruda tarea termina...
allá, en los tajos abiertos
como profundas heridas,
parece que germinara
en rebelde sacudida,
¡el cariño de la tierra
hacia las cosas nativas!

Julio MARIL.

CHARLA FEMENINA

¡Misericordia!, pero ¡Dios de bondad!, yo no vuelvo de mi asombro... ¡Oh! mis proyectos, mis ilusiones por tierra! ¡Qué collar de perlas, ni qué cintillo de rubies, ni qué trajes de fiesta de color de oro!... Si he de ser sincera, temblándome están en las pestañas, dos lagrimones... ¡Ay de mis quinientos pesos fabulosos, con los que yo pensaba comprarme este mundo y el otro! ¡Qué infernal máquina de tragar dinero es la ciudad! Con razón el viejo no arranca de su terruño. ¡Qué barbaridad! Es bestial, bestial, bestial, como dice Braulio. En un traje azul, de calle, 150 pesos. 30 en unos zapatos, 40 en un sombrero que no tenía más que un adorno pavo... 30 en medias! 60 en ropa interior... (Eso era fundamental—antes que el collar de perlas—por eso empecé por ahí... y por eso me quedo sin lo otro...) No, pero no es posible. El viejo tendrá que hacer otro heroísmo; hoy mismo, ahora mismo le voy a escribir.

Pero aparte de eso, yo estoy aturdida, loca, qué se yo!... Las cosas que he visto! Los hombres que he visto!... ¡Ah! yo quisiera escribir muy bien, yo quisiera poder ser clara en mis ideas, para poder decír... lo que me han parecido los hombres! Se ponen unos sombreros... ¡Ay, qué sombreros! Yo no sé decirlo.

Braulio, si vieras estas cosas tú! Unos sombreritos chatos, muy chatos, bien chatos... redonditos arriba, pegaditos a la cabeza como si se les hubiera caído un ladrillo encima. Y levantaditos adelante... Llevan la nariz al viento, como abriéndose camino, el gesto... superior, la espalda forzada, los brazos largos, el talle muy fino... yo no lo tengo más. Esos sobretodos que usan,—para quien como yo, los ve por primera vez—son verdaderos precursores de la pollera... ¿Irán a usar pollera los hombres? Hay algunos que caminan muy suavemente, apoyándose más hacia la parte delantera del pie. Estos tienen gusto francés para mí. En cambio hay otros que caminan recio—sobre el talón,—parece que se van para atrás. Estos tienen gusto inglés. Y no hay más. Todos los hombres jóvenes están divididos en estos dos bandos, es decir... cuando no aparece algún discreto que no exagera, que viste bien, que camina bien, que se mueve bien. Estos son para mí los verdaderos argentinos. Los otros, en su gran mayoría, pebetes de veinte años, se me figuran una mezcla horrible de gustos y tendencias de todos los países...—producto legítimo, a no dudarlo, de esta "olla podrida"...

Otra cosa: he notado que muchos hombres tienen cara de mujer... Si hasta me parece que se pintan... ¿Será posible que los hombres se pinten?

Yo me guardo estos asombros para mí. No quiero que nadie se burle de "mis ingenuidades de paisanita", pero en el fondo, bien en el fondo de mi alma, estos enigmas se levantan alarmantes—ávidos de ser descifrados—porque mientras no se descifren, yo tengo derecho a pensar muchas cosas, que no se si estará bien pensarlas, pero que, por si acaso... no las digo.

Las mujeres tienen, relativamente, el aire más varonil. Usan polleras tan angostas que, para quien como yo, las ve por primera vez, son verdaderas precursoras del pantalón... ¿Irán a usar pantalón las mujeres? Algo hay que apoya firmemente esta creencia: los paraguas. Se quiere llegar al bastón, evidentemente, y para no chocar demasiado fuerte, se adopta el paraguas ñato,—aproximación aproximadísima del bastón...—y además se usa como tal, porque si no ¿qué significan lo paragüitas en días de pleno sol?

Entre estas dos tendencias evolucionarias, yo me inclino decididamente por la de la mujer—será un egoísmo de sexo quizá—pero lo veo mejor, más propio. El pantalón es la prenda ideal para la vida práctica. La pollera es una cosa falsa, incómoda... A mi juicio debería convertirse en una prenda de lujo. Esto parecerá avanzado para que lo piense una gauchita así, ¿no es cierto? Y sin embargo, yo he sido siempre así, rebelde, libre... pero eso no quita para que yo encuentre cosas inexplicables, cosas que me perturban por la duda misma que despiertan en mí...

Hasta siempre.

ALONDRA.



Otoñal

Hay nieblas transparentes semejantes a [tules
que ondula el cierzo helado con rítmico ale- [tear,
como el de las inquietas libélulas azules
o las gaviotas blancas que vagan sobre el mar.

Modulan en el viento las hojas de los pinos
tiernísimos acordes cual arpas infinitas,
y se me antoja que oigo, dolientes y divinos
misereres que ensayan, lejanos eremitas.

Y ambulo por el monte, es mi vagar in- [cierto
como pájaro errante, que bajo aquellas naves
siente la honda nostalgia del ramaje desierto.

Y pienso en las tragedias que alejaron las [aves
marchitando las frondas con llamas de oro [muerto,
trágicamente bellas, trágicamente suaves.

Ana BIAIÑ.

Súplica amarga

¡Ya te siento, ya vuelves! ¡Oh!, Señor im- [placable
yo no quiero que vengas;
en mi torre sin sueños, sin geranios ni rosas,
tus vagancias de brujo, por favor, no de- [tengas.

Por mis ruegos, no llames de este modo a mi [puerta,
ya has llamado a mi torre yo no sé cuantas [veces;
y mi alma sin preces
me parece ya muerta
por haberte sentido repicar tantas veces,
por haber apurado en tu vaso de arcilla,
en tu vaso de adelfas el licor de las haces.

Yo no quiero que vengas. Estoy triste, muy [triste...
si es que pasas, no entres... ¡Pasa, pasa de [largo!...
desde aquel negro día que en mi torre estu- [viste,
de una inmensa neblina, de un sopor muy [amargo
el espíritu extraño de mi torre se viste.

Y mi torre de ensueños ya no hacina te- [soros
de ilusiones, ni llora por galanas consejas,
y la luna si vuelca la Estambul de sus oros
angustiadas y torvas se perfilan sus rejas.

Yo no quiero que vengas con tu mueca y [tu acorde
y tu vino maldito, tu locura y tu armiño...
¡He abierto el sepulcro de mis sueños, y al [borde
del sepulcro yo velo el cadáver de un niño!

¡Mi recuerdo hecho niño!; mi recuerdo [que yace
por tus culpas, ¡oh!, mundo, por tus males [acerbos,
sepultado en la niebla que se infiltra y des- [hace
gravemente en mi torre, como banda de [cuervos.

Y ha llorado, sublime de dolor, mi tristeza,
Al horrible reparo de esa niebla profunda;
y hoy me duelen las dudas, y mi gacha ca- [beza,
esta pobre cabeza yo la creo una tumba.
Estoy triste. No vuelvas otra vez con tus [cruces,
ya has venido una tarde y hoy no quiero [que vengas;
en mi torre sin sueños, sin geranios ni luces
tus vagancias de brujo, por favor, no de- [tengas!

César GARRIGOS.

Paraná

Cual un viejo topacio en medio de una [airosa
corona de esmeraldas, levántase gentil.
Es una flor marchita entre la lujuriosa
lozana gallardía de un ramo de abril.

Por ser triste la quiero. Es humilde y se- [rena,
parece que sufriera nostalgias de otra edad.
Es como una sencilla provincianita buena:
sin odios, inquietudes, y sin una maldad.

Como una guaranítica virgen indolente,
va dejando que siga, tranquilamente
el río, que semeja un amante sensual.

Y parece que fuera el ritmo de su alma,
los sístoles tranquilos de las ondas en calma,
que se van, murmurando, un cántico trivial...

José C. BELBEY.

El reino de Dios

¡Ay de aquel que de la vida elige
el más largo sendero de experiencia!
Pues rodará sin gloria y sin clemencia
ignorando el destino que lo rige.

Todos tienen su ruta en la excelencia:
y el error de los hombres se corrige
cuando suena la hora en que se erige
la justicia de Dios en la conciencia!

Mas aquel que conserva el alma pura,
sustentando su cáliz de amargura
como interno blasón al mundo entero,

encontrará la paz consigo mismo
cuando clame una vez desde el abismo
y en el reino de Dios será el primero!

Manuel de CASTRO.

Eminencias médicas declaran que el uso externo e interno del agua caliente es eficacísimo para combatir el insomnio.

El espárrago es la planta comestible de más antigüedad.

Italia tiene más teatros en relación a sus habitantes que cualquier otro país.







PÁGINA AMENA



—Siempre que la veo, señorita, me acuerdo de la experiencia.
—¿De qué experiencia?
—De la experiencia, pues. ¡Como dicen que es una maestra muy severa!



—Cuando mi papá trabaja, todos se quedan con la boca abierta.
—¿Qué es tu papá?
—Dentista.



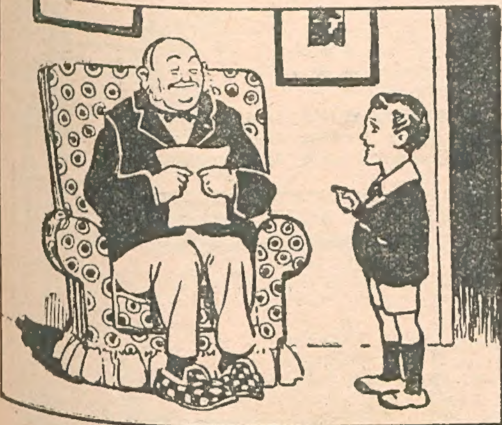
—¿Qué distancia hay de la tierra al sol?
—Treinta millones de leguas.
—¿Cómo halla usted esa distancia?
—Enorme.



—He hecho un descubrimiento para evitar los atentados anarquistas.
—¿Qué descubrimiento es ese?
—El de la dinamita inexplosiva.



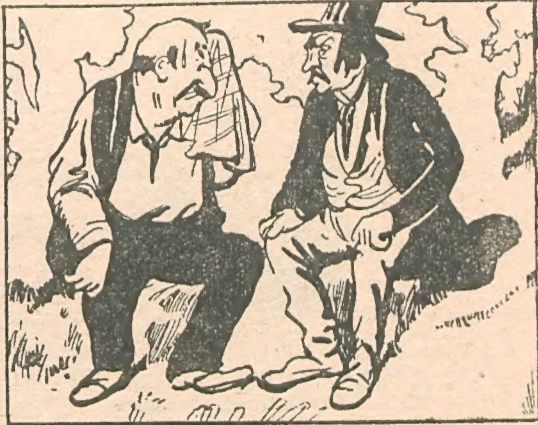
—Ese hombre que acaba de pasar es un héroe.
—¿Ha estado en la guerra?
—No; se ha casado cinco veces.



—¿Sabes cómo terminó la vida de Julio César?
—Sí, muy mal, abuelito.



—Trata de hacer callar a tu hermanito.
—No hay modo de hacerlo callar, mamá; le he dado ya varias bofetadas, pero todo es inútil.



—¡Qué calor tan sofocante!
—¿Quiere que le cuente una historia que le hiele la sangre en las venas?



—Yo no me he batido nunca en duelo.
—Se comprende, doctor; a usted, como médico, no le debe causar ninguna impresión matar a un hombre.



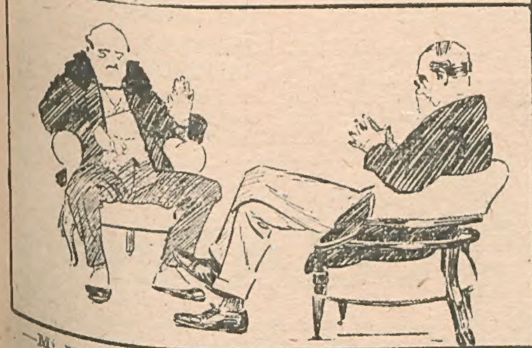
—Acabo de darle una moneda falsa a un ciego. ¡Vieras los ojos que puso!



—¿Es usted aficionado a la buena música?
—Sí, señora; pero dejo no más que su hija continúe tocando.



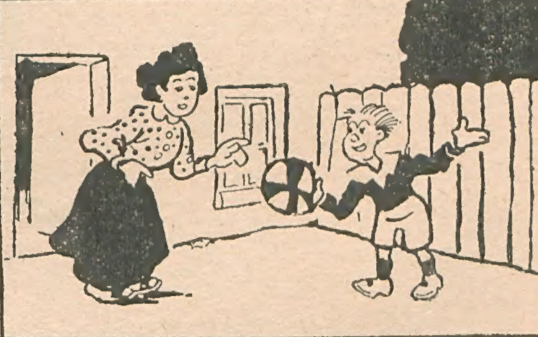
—Se le acusa a usted de haber robado un reloj del escaparate.
—El relojero tiene la culpa. ¿Por qué puso sobre el reloj un cartel que decía "¡Ocasión!"?



—Mi mujer se ha hecho pintar.
—Lo que es la mía se pinta sola.



—¿Sabes cómo se llevarán este año los sombreros?
—En la cabeza, como de costumbre.



—Mamá: ¿voy a jugar con Pepito?
—No, porque es un chico maleducado.
—Entonces, ¿quieres que venga él a jugar conmigo?



—¿Andas en bicicleta, ahora?
—Sí, no me queda otro remedio para poder salir sin que mi mujer quiera acompañarme.



—El agua parece que está hoy menos salada que otros días.
—No es extraño; ayer naufragó cerca de aquí un barco cargado de azúcar.



—¡Yo no me casaré jamás!
—Ni yo, señorita. Estando tan de acuerdo estoy seguro que haríamos un matrimonio muy feliz.



—¿Cree usted que su padre se opondrá a nuestro matrimonio?
—Si piensa igual que yo, seguramente.



—¿Cómo se llama usted?
—Blanca.

EN EL MUNDO DEL CINE

Algunas cosas de Douglas Fairbanks. "El tonto obra primero y después piensa: el hombre listo piensa primero y después procede". La segunda parte de esta sentencia encaja perfectamente a Douglas. Quizás es esta una de las razones de que Fairbanks haya alcanzado un "exitazo" tan pronunciado: la combinación de la habilidad en los negocios y del talento en el arte. (Muy rara combinación).



Douglas ríe los chistes de su último libro.

Comenzó Fairbanks su carrera artística en 1901, haciendo el papel de lacayo, en la comedia "Richelieu", estrenada en el teatro Ford, de Baltimore. Después de dos años de tempranos éxitos en el arte, bien remunerados y comentados, se dejó arrastrar por la fiebre de los negocios, cayendo en las tentaciones de "Wall Street" (Bolsa de Nueva York), foco de las especulaciones financieras de aquel país, donde pasó un año en operaciones de corredor de bolsa. Pero, o le atraía la escena, o fracasaron sus operaciones, la verdad es que aquel año "debutaba" de nuevo en el teatro. La vivaz disposición de Douglas Fairbanks se adapta perfectamente al cinematógrafo. Posee una movilidad extraordinaria, de cuerpo y de expresión, y le ayuda muchísimo la flexibilidad y esbeltez de su figura. Pocos sospechan que el joven elegante y de finas maneras es en Nueva York un campeón de box de peso liviano. Estas circunstancias han sido aprovechadas inteligentemente por los autores que han producido cintas especialmente adaptables al carácter alegre y juguetón de Douglas. Estas circunstancias, a la vez, sólo fueron "descubiertas" en 1905, a fines del cual, Fairbanks pasó del teatro al cine, contra la opinión de algunos profetas de bastidores que le auguraron abiertamente un prematuro fracaso. Pero Fairbanks tiene un arte suyo propio. Su personalidad es exclusiva. Su fuente inagotable de buen humor, para el observador fino o penetrante, no podía pasar inadvertida, y Douglas triunfó.



A bordo de su "yacht", "El Optimista".

Su entrada al cine fué decidida por el gran director Griffith. Douglas había rechazado muchas propuestas; pero es tal su admiración por el autor de "El nacimiento de una nación", que no supo negarse a su propuesta.

Hay una cosa que le molesta al actor, desde que entró al cine, y es el horario de trabajo. Fairbanks echa de menos la vida trasnochadora y de aventura que llevaba siendo actor de teatro. Le incomoda enormemente tener que madrugar y acostarse con las gallinas, o a la hora en que estas predestinadas aves se recogen; pero se conforma con su suerte. ¿Cómo podría ser fotografiado bien con ojeras, el rostro macilento, después de una noche de holgorio? Para Fairbanks ahora es un sacrificio, algo sobrenatural, levantarse antes de las 10 de la mañana. Echa de menos la vida entre bastidores... ¡Le damos la razón!...

Cuando deja a un lado la risa, esa risa propia y única de Douglas Fairbanks, no le faltan algunas miras a la filosofía, y a una filosofía práctica en esencia. Su efímera aparición en "Wall Street", como corredor de bolsa, atestigua sus miras. De vez en cuando siente tentaciones de volver a la compra y venta de títulos y acciones... pero, acertó a entrar con el pie derecho al cinematógrafo, y se siente cómodo como favorito del público y "héroe" popular, por lo cual cobra cerca de 300.000 dólares al año, sobrándole tiempo para recorrer su patria en jira de propaganda por la guerra, y aún, escribir libros, en los cuales su espíritu gracioso encuentra una nueva fuente de comunicación con el público.

LOS FAVORITOS

May Allison. Nació en una "estancia" del estado de Georgia (E. U.), de padres norteamericanos, 1.65 metros de altura y 57 kilos de peso. Tez blanca, cabellos rubios y ojos violáceos. Adquirió renombre como actriz en el teatro, con varias interpretaciones que la crítica juzgó irreprochables. En 1912 comenzó a trabajar para el cinematógrafo como primera actriz de la "Empresa Famours Players", y su labor fué acogida favorablemente. Ha pertenecido a los elencos de la "Lasky" y de la "American". Actualmente trabaja en la "Metro". Algunas de las películas cuyos personajes femeninos principales ha interpretado, se consideran entre las obras maestras de la cinematografía norteamericana. Muy aficionada a la música, posee una espléndida voz de soprano. Aunque ha tomado parte en algunas películas cómicas, prefiere la labor de actriz dramática. Estado civil: soltera. Nació en 1895.



May Allison

Salisbury, modelo. Monroe Salisbury, el gran intérprete cinematográfico, fué recientemente, en Los Angeles, elegido por un escultor como modelo de una escultura de un indio pielroja. La belleza física de Mr. Salisbury hizo que el artista lo eligiera para su trabajo. Salisbury, que es un hombre modesto, rehusó, en el primer momento, cediendo ante los insistentes pedidos del escultor.



Monroe Salisbury.

Reminiscencias. Cuando la cinematografía norteamericana estaba en sus comienzos, y el público comenzaba a cansarse de las correrías de "cowboys" y pieles rojas, a un fabricante de películas se le ocurrió llevar al telón un episodio de la guerra civil entre el Norte y el Sud de los Estados Unidos. El director de escena puso en seguida manos a la obra y arregló a su manera un argumento, pero olvidando un punto de gran importancia. El jefe tenía una peculiaridad muy marcada: se negaba en absoluto a que en sus producciones apareciera actor alguno con barbas. Y no iba del todo descaminado, pues entonces los cómicos se capturaban a lazo, y no tenían la menor idea sobre caracterización.

El interés del drama guerrero convergía en la aparición del general Grant y el director pasó las de Caín hasta encontrar un comediante que hiciera el papel con alguna discreción. Cuando ya lo tenía todo combinado a su gusto y había logrado que el generalísimo de las fuerzas del Norte se comportara con alguna decencia ante la cámara, el empresario llegó a los talleres y sin entrar en averiguaciones exclamó:

—¡Alto ahí! Esto no sigue adelante.

El director se mesaba los cabellos.

—¿Pero qué ocurre?

El empresario, señalando al espúreo general Grant, prosiguió:

—En ninguna película de esta casa entran patillas.

—Pero, mire usted, que se trata de Grant, el general Grant. Tiene que gastar barba, no hay remedio.

—No, señor, no en películas mías. Tiene usted que afeitarlo.—(Histórico).

Matrimonio de artistas. Ollie Kirkby y George Larkin acaban de unirse "en serio", en matrimonio. Y decimos en serio, porque lo han hecho muchas veces "en broma", en las películas. Miss Kirkby y Larkin se conocieron al ser contratados para la serie de películas, titulada: "Grant, repórter de policía". Miss Kirkby nació en 1894 en la pequeña ciudad de Roxborough, Estado de Pennsylvania. Monta a caballo como un "cow-boy" y tiene especial predilección por los deportes al aire libre. Nada perfectamente y se deleita cada vez que toma parte en películas acuáticas. A George Larkin se le considera en Norte América como uno de los artistas más intrépidos. Larkin hizo sus primeras armas ante el público como acróbata de circo y a esto obedece su sangre fría en las escenas más arriesgadas y la facilidad con que produce en la pantalla efectos de sensación. Después fué actor dramático. Tales unos pequeños detalles sobre el joven matrimonio.



Ollie Kirkby.



George Larkin.

Jane Novak se indigna. La chispeante Jane Novak tuvo últimamente motivo de pasar un día de mal humor. Un admirador de Cincinnati la venía mareando con repetidas peticiones de retratos. La actriz le envió uno, recibiendo la siguiente respuesta: "Muchas gracias por el retrato. Es precioso, pero lo hubiera preferido con vestido escotado o traje de baño". Todavía está indignada la Novak...

Una novedad. Los comerciantes principian a sacar partido de la popularidad de algunos artistas de cine. En Nueva York, una empresa ha presentado a la venta una curiosa novedad, consistente en hermosos cubre-almohadones de raso con bordados de oro viejo, cada uno de los cuales lleva el retrato de un actor o actriz de la escena cinematográfica, con el autógrafo correspondiente. La fotografía da una idea de la novedad, que no tardará, seguramente, en llegar.

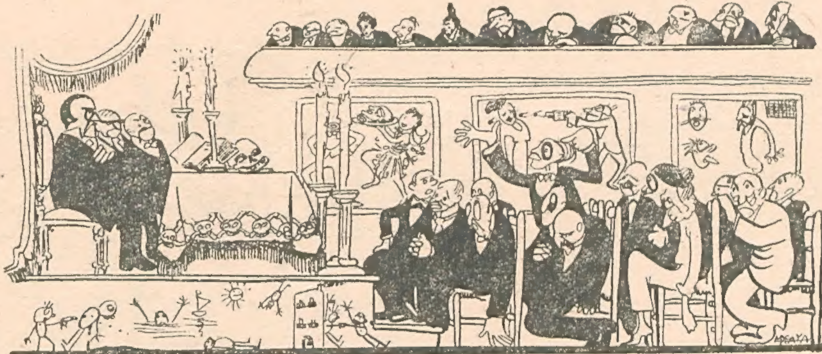


Francis Bushman.

Dícese que las flores sacan del suelo doscientas veces su propio peso en agua durante su vida.

El 18 de enero de 1889 se inauguró oficialmente la primera sección del puerto de Buenos Aires.

LA SOCIEDAD DE LOS SUICIDAS



He transcripto de mis apuntes taquigráficos parte de las interesantes deliberaciones que tuvieron origen en la última asamblea de la Sociedad de Suicidas, a la que he asistido en calidad de novicio, y las doy a la publicidad en la creencia de que su divulgación podrá aportar prosélitos a tan noble aspiración humana cual es la de suicidarse, y, al mismo tiempo, popularizar las sapientísimas consideraciones salidas de boca de sus más esclarecidos miembros dedicados afanosamente al adelanto científico de tan complicado problema.

Carecemos de los valiosos datos relativos a la apertura ceremoniosa de la sesión, como asimismo de las primeras discusiones entabladas entre los oradores, por haber concurrido nosotros a la asamblea cuando ésta, desgraciadamente, ya había dado comienzo a las deliberaciones.

. . . .

Sr. Lejía.—Afirmo que es de muy mal gusto descerrajarse un tiro en la boca. (Asentimiento general).

Sr. Tacamaca.—Opino que esa cuestión es secundaria, pues, en el transcurso de nuestra existencia hemos gustado seguramente cosas peores.



Sr. Lejía.—Permítame, señor, no me he referido "al sabor" sino al "mal gusto" en un sentido estético.

Sr. Tacamaca.—Bueno, es lo mismo, me mantengo en lo dicho.

Sr. Uñeta.—Dejando de un lado la cuestión de sabor, creo que la elección de esa vía tendría, entonces, como inconveniente, la imposibilidad de permitir al suicida esbozar la sonrisa de bienestar supremo en la que tanto han insistido los clásicos.

Sr. Sueste.—Por mi parte declaro conceder más importancia a la expresión serena e imperturbable exteriorizada en circunstancias análogas por algunos de nuestros ilustres antecesores, que a la sonrisa de adquisición dudosa que defiende el señor Uñeta.

Sr. Lonja (en voz baja).—La sonrisa tiene sus ventajas innegables.

Sr. Sueste.—¿Cuáles son esas ventajas?

(El Sr. Lonja sufre repentinamente un violento acceso de tos que le impide contestar con razones poderosas. Los accesos se repiten precipitadamente y con miras de no terminar. Ningún concurrente tercia en el debate y por consiguiente la tos del Sr. Lonja se prolongará seguramente hasta pasado mañana.)

Sr. Presidente.—Me parece oportuno señalar a la Honorable Asamblea un fallo librado recientemente por la sociedad "Pre-perforados Unidos" de California, a propósito de un proceso seguido contra un distinguido socio de esa corporación sobre el cual recaían sospechas de irresolución y timidez en el acto del suicidio manchando así inesperadamente las ejemplares tradiciones de esa renombrada sociedad. La junta designada para esclarecer el delito pudo atestiguar mediante fotografías que el cadáver había asumido una despreciable expresión de indiferencia; la culpabilidad quedaba evidenciada y el desafuero se castigó con la expulsión inmediata de ese consocio indigno (Aplausos).

Sr. Cornigacho.—Me alegro, ante todo, que se haya promovido una discusión sobre asunto de tanta importancia, y me vuelvo a alegrar, después de todo, porque se me ofrece en este momento la ocasión de comunicar a la Sociedad el juicio espontáneo del vulgo, respecto a esa controvertida expresión del rostro, en una tentativa mía de suicidio malograda, según dictamen de los peritos, por la pésima elaboración del proyectil y del arma que lo contenía. Ocurrió eso hace ya varios años. No quiero mencionar ahora los pormenores de mi caso, los preparativos ideológicos y materiales que precedieron a mi resolución, la sólida y vasta preparación científica que anticipadamente, adquirí en eruditas lecturas y consultas para afrontar aquel acto solemne sin faltar a uno solo de los sabios requisitos que los cánones de esta Sociedad imponen; resumiendo diré, que una vez que me hube descerrajado el tiro, y creyéndome herido de muerte, sufrí las contorsiones y convulsiones reglamentarias que el estatuto dicta para los agonizantes, y luego, componiendo mis músculos mímicos, no sin cierta dificultad, para que exteriorizaran la sonrisa más exquisita, me dispuse tranquilamente a dejar esta tierra bendita en la que muchos estamos de más. Pronto me ví rodeado por una muchedumbre excitada e inquieta que giraba continuamente en torno mío haciendo toda clase de comentarios; los momentos transcurrían sin novedad; de pronto, uno de los circunstantes, examinándome intensamente y dándome al mismo tiempo leves puntapiés en la cabeza, desahogó estas exclamaciones: "¡Qué serenidad! ¡Qué poco amor! ¡No se le ha importado un pepino!" Parece...

(Los partidarios de la muerte risueña interrumpen al orador con vigorosos aplausos.)

Uno de los consocios se pone ruidosamente de pie y grita a la Presidencia: ¡Miente el señor Cornigacho! ¡Cínico! (Profunda impresión). ¡Yo he presenciado el último suicidio de ese señor y puedo afirmar que las exclamaciones elogiosas que menciona no le fueron dirigidas a él, sino a su esposa: esta señora lo examinaba en aquellos instantes, pacíficamente, como si la muerte hubiese sido siempre su estado natural! ¡Impostor! (Consternación).

Sr. Cornigacho (intensamente pálido).—Mi dignidad de caballero y el respeto a esta Honorable Asamblea me impiden contestar a ese sinvergüenza como sería mi deseo. (Intensa expectativa).

Sr. Presidente (al ofensor).—En nombre de esta digna corporación que presido, ruego al señor tenga la deferencia de anular el juicio insultante que ha dirigido al Sr. Cornigacho.

El ofensor (impávido).—¡No quiero! ¿Me ha comprendido? ¡No quiero!

(El señor Presidente se ruboriza y mira interrogativamente al vicepresidente, éste recoge el rubor y la mirada y los transmite al secretario, éste a su vez los cede al subsecretario y éste finalmente se los presenta a un escribiente atareado. Silencio inquietante.)

El ofensor (resueltamente).—Si el señor Presidente se siente también ofendido por la contestación que le he dado, me apresuro a comunicarle que estoy dispuesto a mantener mis palabras en cualquier terreno! (Sensación.)

Sr. Cornigacho (desde la silla, balbuciendo).—¡Nos batiremos!

El ofensor.—Sí, señor, nos batiremos, y la misma invitación hago al señor Presidente, pues, yo, sépanlo ustedes de una vez, me atrevo a arrostrar la muerte en defensa de la Verdad! (Aplausos).

Sr. Presidente. — ¿Tratándose de defender qué?

El ofensor (con voz atronadora). — ¡La Verdad!

Sr. Presidente (admirado y con júbilo).—¡La Verdad! ¡Qué entereza! ¿Significa esto, querido señor, que usted llegaría a exponer su vida para sostener incólume ese principio sublime? ¡Ah, noble defensor de la Verdad! ¿Por qué no ha declarado usted eso antes?

(El Sr. Presidente se inclina gozoso hacia el señor Cornigacho, quien yace en la silla como un montón de trapos y le insufla algunas palabras en el oído. El Sr. Cornigacho, bajo la influencia de esa misteriosa comunicación que le ha causado el efecto de una inyección de aire, se infla, se incorpora y habla animadamente con la Presidencia. Parecen llegar a un acuerdo. Expectativa).

Sr. Presidente (al ofensor). — Señor: el distinguido caballero Cornigacho y el señor Presidente, atendiendo a la esencia del concepto grandioso que le arrastró a usted, en algunos instantes de exasperación, hasta el punto de llegar casi a injuriar a dos de los más respetados miembros de esta corporación, y: aquilatando su integridad, su firmeza de ánimo y su disciplina moral, resuelven: aceptar las amplias explicaciones que usted les ha ofrecido y darse por cumplidamente satisfechos con la terminación caballeresca de este incidente. (Aplausos y algunos silbidos).

(Se permutan saludos corteses entre el ofensor, el señor Presidente y el señor Cornigacho. Siguen los aplausos y los silbidos).

Sr. Presidente. — Invito a la Asamblea a proseguir en las deliberaciones.

Sr. Pocho.—Deseo recurrir a la autoridad de mis consocios para saber si es más ventajoso el suicidio en ayunas o después de haber comido.

Sr. Presidente.—Es preferible en ayunas.

Sr. Pelacra.—A mi juicio el ayuno no es de rigor, y, por mi parte, no veo inconveniente en que se coma, una hora y media antes del acto, un poco de pollo y algunos huevos escalfados, pues, esos alimentos no son indigestos. (Aprobaciones).

(Desde las gradas un humilde asociado pide permiso para hablar).

Sr. Presidente (mirando reciamente al solicitante).—Si usted tiene realmente algo importante que comunicar, puede hacerlo, pero, le ruego no nos haga perder tiempo con puerilidades.

El humilde asociado (visiblemente confuso).—Con el respeto... bueno... quiero decir que... miren ustedes... la sangre ¿no es así... (risas) la sangre, saben ustedes, mancha... y luego, ver la sangre de cristiano... quiero decir... vamos... que hace poner los pelos de punta... luego, yo decía, ¿no es así? (gritos en la barra de ¡No! ¡No!) que cuando nosotros, este, nos suicidamos podríamos poner la cabeza en un montón de aserrín, así, ¿comprenden ustedes? (nuevos gritos de ¡No! ¡No! se podría, luego, barrer todo, vamos, mejor... (risas y silbidos).

Profesor Derrote (con indignación contenida).—El señor que ha terminado de hablar, como la Presidencia habrá notado inmediatamente, no ha hecho sino exponer, a la Asamblea, un plagio descarado de un invento mío que presenté hace dos años en una memorable reunión de esta sociedad. Algunos de los señores presentes recordarán que se trataba



de un compuesto químico a base de ceniza, serrín, carbón y otros ingredientes, cuyas propiedades absorbentes desconocidas hasta entonces, apliqué de inmediato a la absorción de la sangre esparcida de las heridas de los suicidas. Rememorarán los señores, también, que yo denominé ese producto con el nombre feliz de "Xilofilosanguinis carbonacea" y que bajo ese título publiqué un opúsculo que me valió ser premiado con menciones honoríficas, e investido con títulos académicos por varios centros científicos del extranjero. Ese señor, cuya falta de probidad y... (los aplausos y las felicitaciones interrumpen al orador. El humilde e inocente asociado agoniza, fulminado por las miradas patibularias de la Honorable Asamblea).

Una elegante señorita clorótica, con ojeras de heliotropo, labios coralinos, pésima salud y demás atributos poéticos, tiene la palabra: ¿Por qué, señor Presidente (la voz de la oradora tiene un timbre de xilófono) no se nombra una comisión de caballeros para que gestione de los directores de periódicos la promesa de que, en lo sucesivo, los suicidios sean comentados más extensamente en la prensa diaria, y que las narraciones vengan completadas con fotografías del héroe, y con reproducciones de sus cartas póstumas? ¡Ah!, sería una lectura tan edificante! (La señorita, hastiada, se deja caer en la silla, desganada, descoyuntada como un cisne herido).

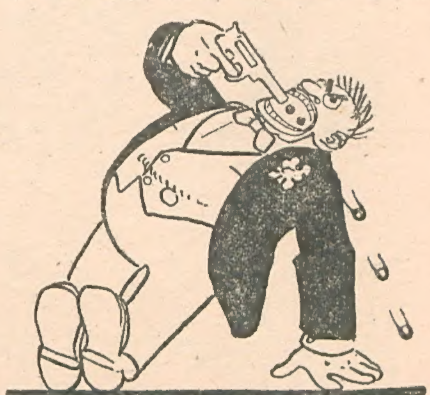
Sr. Presidente.—El presidente está encantado de la proposición de la señorita y le asegura que pondrá manos en el asunto a la mayor brevedad.

La misma señorita.—Desearía además que desaparecieran de una vez los suicidios en mangas de camisa. El frac es tan "chic".

Profesor Trinquete.—Si la Presidencia me permite disertaré ligeramente sobre algunas consideraciones que me han sido sugeridas por la observación de ciertas fases del problema fundamental que nos ocupa.

Los señores asociados saben perfectamente que la sien derecha es la región preferida por los suicidas dextromanos para descerrajarse un tiro. ¿Por qué? ¿Es la sien la zona más peligrosa de la cabeza? ¿Merece realmente esa importancia vital que le asigna el vulgo? No, señores, no la merece. El público ha deducido que la sien es delicadísima porque los suicidas sistemáticamente se la perforan; nada más. Pero ¿a qué razón obedece la elección popular de esa zona craneana? Obedece, señores, a una sencilla razón de comodidad, y si no, deduzcan ustedes: (el orador saca un revólver del bolsillo) empuño el arma con la mano derecha y trato de apuntarme a la frente, ustedes observan la posición violenta de mi mano en flexión forzada, la oblicuidad molesta del dedo sobre el gatillo, y además el conjunto me obstruye el campo visual; dirigiendo, ahora, el arma al occipucio, ustedes ven que las molestias se hacen más evidentes, y no me dirán ustedes que un principiante elegiría esta posición si realmente anhela asegurarse el éxito de la tentativa; nos resta, finalmente, la región de la sien derecha, a la cual puedo dirigir el arma con suma facilidad, apuntar cómodamente y sin esfuerzo, apretar enérgicamente el gatillo y... bueno, quiero terminar con otra observación no menos importante. Ustedes sabrán que el sonido se propaga en el aire a razón de 340 metros por segundo, y que un proyectil de revólver, considerado en su velocidad inicial, recorre más o menos una distancia doble en el mismo intervalo de tiempo.

Con esos datos presentes, supongamos que la sien de un suicida diste 15 centímetros de la boca del revólver que le apunta, y que el tiro salga..., el proyectil y el estampido parten simultáneamente en dirección a la cabeza del suicida siguiendo las velocidades que hemos dejado establecidas: la bala



atraviesa la sien, llega al cerebro, produce la muerte o una previa inconsciencia repentina e instantánea y ha recorrido hasta ese instante una distancia, pongamos por caso, de 30 centímetros; el sonido por su parte no ha recorrido hasta entonces sino 15 centímetros, y, por consiguiente, recién penetra en el conducto auditivo, luego, señores se infiere lógicamente que el suicida muere sin percibir siquiera el estampido del arma que le provoca la muerte. (Aplausos, bostezos y ronquidos).

Sr. Tacamaca.—Lamento que el profesor Trinquete nos haya participado esos datos científicos, pues le quitan al suicidio los encantos de la sorpresa.

Prof. Trinquete.—He creído, por el contrario, beneficiar a mis semejantes con ese descubrimiento, pues el ruido podría causar trastornos en los temperamentos nerviosos.

(La presidencia invita cortésmente al Profesor Camena a ocupar la tribuna de honor para que dé comienzo a la conferencia que tiene anunciada desde hace cinco meses; el Profesor Camena así lo hace, y la concurrencia aplaude estrepitosamente.)

Prof. Camena.—No sin verdadera emoción, señores, me pongo de pie para platicar con ustedes sobre el resultado de mi reciente viaje científico por los museos extranjeros en busca de los orígenes prehistóricos del arte de suicidarse. ¡Larga ha sido la labor, arduo el problema! (Silencio conmovedor).

(El orador se pasa un pañuelo por la frente y, luego, con un movimiento de circunducción de la cabeza deja espacio al repasador que le enjuga el recuerdo de los sudores pasados y científicos manados en aquel entonces de su cuello macilento.) ¡Grandes han sido las dificultades que he debido vencer para orientarme en ese inextricable fárrago de piezas arqueolíticas! ¡Grandes han sido las dificultades! (Silencio). Pero, señores, nosotros, los hombres dedicados a esas altas investigaciones, con el celo y la perseverancia de los espíritus avezados y acrisolados en la lucha, emprendemos, sin arredrarnos jamás, cualquier especulación intelectual, y ponemos en ella toda nuestra inteligencia, nuestra constancia, nuestra fortuna y los mejores años de nuestra vida, nada más que para agregar un dato al monumento de la Ciencia universal. ¡Ah! qué sublime! La crítica, señores, no podrá herir nuestro entusiasmo, la censura no podrá vulnerar nuestra exaltación científica, la envidia de algunos no hará sino acicatear nuestro amor propio, y, así, señores, trabajamos perennemente, haciendo caso omiso de las pequeñeces de esta vida miserable en el deseo puro y desinteresado de ayudar al descubrimiento de nuevas verdades. (Aplausos contenidos). (El orador, aunque prematuramente, bebe medio botellón de agua). Señores (con voz clara y fresca), la primera conclusión que anhelo trasmitirles, de cuya trascendencia po-

(Continúa en la siguiente página.)



(Continuación de la anterior página)

drán ustedes juzgar en el futuro desarrollo de mi tesis, es la siguiente: En el museo de Antigüedades Nacionales, de París, en una vitrina de la sala N.º 1, he tenido la privilegiada suerte de encontrar, semioculta entre algunos cachivaches, una laja, incompleta, de pedernal, cuya conformación me produjo, a primera vista, una impresión enorme. Un inmenso campo de investigación se extendió repentinamente ante mis ojos. Temblaba de emoción. Estudié secretamente esa pieza, sin descanso, durante largos meses. ¡Qué horribles penalidades he sufrido! Mis sufrimientos y el proceso mental que me ha llevado a una concepción tan nueva de un asunto tan viejo, pienso desarrollarlos en una próxima obra, que publicaré, en tres tomos. He aquí para ustedes la primicia de mi descubrimiento: esa piedra, señores (con voz trémula) es, sin duda alguna, el mango, roto, de un revólver auténtico prehistórico. (Consternación general. El orador termina el agua del botellón y la concurrencia observa religiosamente ese acto.) Mi deducción es incontrovertible. Ahora bien, señores, como en aquellas edades la pólvora no había sido aún inventada, llego a una segunda conclusión, y es, que el hombre primitivo usaba el revólver como arma de chasco! (Grandes aplausos). (Un señor Guadalupe se dirige a la Presidencia y pide la palabra).

El Presidente (con ira).—¡No señor, no interrumpa la conferencia!

Prof. Camena (con benevolencia).—Hable usted joven.

Sr. Guadalupe.—Es simplemente para formular una pequeña pregunta de orden científico. Si en la "edad de piedra" el revólver tenía ya empuñadura, ¿cómo explica usted que por ahí anduviese el hombre primitivo sin ocurrírsele aún la invención del mango para el hacha?

(La cara del profesor Camena cambia de formas y colores como un fuego de artificio. Se produce gradualmente una batahola indescriptible. El señor Guadalupe es arrastrado fuera de la sala. El profesor, transformado en una fiera, lanza a la concurrencia toda clase de improperios científicos y vulgares. El tumulto sube de tono. Se oyen lastimeros ayes, palabras ofensivas, choques y chasquidos de bastones contra cabezas y viceversa. Algunas personas, deseando restablecer el orden, recurren al patriotismo, y reunidas debajo de una mesa comienzan a entonar, solemnemente, el Himno Nacional. Varias sillas cruzan el espacio buscando mejor destino, y yo creo, entonces, llegado el momento de recoger mis apuntes y abandonar el local.)

Jaime D. MARRAY.

Dib. de Macaya.

El discuso de Mr. Depew

En una ocasión, Mark Twain y Chauncey Mr. Depew cruzaron el Atlántico en el mismo buque.

A los pocos días de viaje, un grupo de pasajeros les ofreció una comida.

Al terminarse el banquete, Mark Twain se levantó a brindar. Habló largo rato, y con tanta gracia y tal elocuencia, que al acabar el brindis, que varias veces había sido interrumpido por los aplausos, los comensales hicieron una calurosa ovación al gran "humorista".

Llególe el turno de brindar a Depew.

"Señoras y señoras—dijo el famoso narrador al levantarse.—Antes de la comida, Mark Twain y yo convinimos en cambiar nuestros discursos. Acaba él de pronunciar el mío, y os agradezco de todo corazón la manera con que lo habéis acogido. Pero es el caso, y lo lamento muy de veras, que yo he perdido las notas de su discurso y que no me acuerdo absolutamente de nada de lo que él pensaba deciros por mi mediación. Os ruego que me perdonéis."

Se sentó Depew, y los comensales, comprendiendo la jugada, rieron la broma.

Al día siguiente, en el fumadero, uno de los viajeros, que sin duda había tomado en serio lo del cambio de los brindis, se encontró con Mark Twain, y le dijo:

—Querido Mr. Clemens; siempre he oído decir que Mr. Depew es un hombre de talento; pero, francamente, ese discurso suyo que usted pronunció anoche, y que tanto aplaudieron, a mí me pareció un galimatías insoportable.

La mujer musulmana y sus derechos

La religión musulmana ha considerado siempre el matrimonio como un acto civil, como un contrato bilateral y del dominio del derecho privado.

Mientras que en todas partes el matrimonio tuvo y ha conservado (salvo algunas restricciones adoptadas en este siglo), un carácter sagrado y puramente religioso, jamás ha tenido esa significación ni ese carácter en el mundo musulmán.

Esta divergencia de concepto ha sido la causa de no pocas interpretaciones malévolas contra el islamismo, en lo que concierne a los derechos de la mujer.

Ahmed Saki, en "La Revista de Turquía", protesta de la errónea opinión del público europeo, que cree que la mujer musulmana "es una esclava que no goza de ningún derecho", y proclama, con los textos de las leyes en la mano, que es justamente todo lo contrario lo que debiera decirse.

Ante todo, el matrimonio no es válido si no hay consentimiento explícito de los contrayentes, probado por testigos.

Por otra parte, el contrato de matrimonio no produce efecto "eliminatorio" sobre ningún derecho del marido ni de la mujer; los cónyuges pueden disponer de sus propios bienes y administrarlos con toda libertad. El matrimonio musulmán, conforme con ése principio, no admite el de comunidad de bienes entre marido y mujer. Por consiguiente, ninguno de los cónyuges puede disponer de la fortuna del otro sin su autorización, acreditada legalmente. ¿Cómo se puede decir que la mujer no es más que una esclava, cuando es libre, de hecho y de derecho, de disponer de sus bienes lo mismo que el hombre?

El Cheriat tampoco concede al matrimonio el carácter de eterno e indisoluble; admite el divorcio y lo regula.

Queda la poligamia, advierte Ahmed Saki. Desde los tiempos de Mahoma, no se ha cesado de clamar contra la poligamia de los mahometanos. Moralistas, juristas y sociólogos se han esforzado en pregonar los funestos efectos que causa en la vida de familia, y, sobre todo, en la educación de los hijos. Pero el Cheriat no ordena la poligamia, sino que la tolera; la religión "no obliga" a los musulmanes a tener "varias mujeres legítimas a la vez", sino que "permite", y con restricciones y condiciones muy severas, que cada musulmán tenga "hasta cuatro mujeres".

Así, pues, la poligamia admitida por la religión musulmana, no es más que una tolerancia muy restringida, que llegó a prevalecer por consideraciones de orden climatológico, social, político y hasta moral.

Y si el hombre tiene la libertad de contraer más de un matrimonio, la mujer tiene la de no consentirlo; puede hacer uso (si se reservó esta facultad al tiempo de casarse) del derecho de divorcio, que la religión siempre ha reconocido.

Un brindis de Jokai

Celebrábase en Torda un banquete en honor de Jokai, el poeta búlgaro, y asistían a la fiesta varias señoras.

Al final de la comida, el poeta se levantó para brindar, y pronunció un magnífico discurso, que terminó con estas palabras, dichas en tono muy sentido, mientras los dedos de su mano acariciaban un mechón de cabellos que le caían sobre la frente:

—Bebo a la salud de las bellas y amables damas de Torda. ¡Que su vida se prolongue hasta que yo encanezca!

Como el poeta tenía ya cierta edad, las damas no parecieron muy satisfechas del brindis, y hasta de algunos rostros desapareció la sonrisa con que le habían escuchado.

Jokai lo notó, y levantándose nuevamente y quitándose la soberbia peluca que tapaba su calva, mostró su cabeza sin un solo pelo, limpia y pulida como una bola de billar, y dijo:

—Mis cabellos, y ya veis por qué, no encanecerán nunca.

Y la sonrisa volvió a los labios de las amables señoras.





EL HOMENAJE DE LAS ESCUELAS A O'HIGGINS



Arriba: el presidente de la república y el embajador de Chile contemplando a la muchedumbre infantil. — Abajo: los ni os de las escuelas públicas entonando el Himno Nacional

Fots. Cabada.



Alumnos de la escuela Mariano Moreno, durante la jura de la bandera, donada al establecimiento por suscripción entre los mismos



Gran manifestación pública, en la plaz[…]brando la festividad del XX de Septiembre



Recepción en el consulado italiano, con motivo de las fiestas conmemorativas de la toma de la Porta Pía
Fots. Ortiz.

SAN JUAN



Al pie de la estatua de Sarmiento, cantando el himno nacional, el día de su aniversario
Fot. Estrella.

PARANA



Mitin organizado por los huelguistas de Correos y Telégrafos, con el concurso de los ferrocarrileros y personal de O. Sanitarias
Fot. Gil.





Niños de las escuelas públicas c[…] el día de la fiesta del árbol

CONCORDIA



Personal de Correos y Telégrafos declarado en huelga
Fot. Calvet.

MONTEVIDEO



El nuevo ministro de Cuba, señor Solano, al salir de la audiencia en que presentó sus credenciales
Fot. Adami.

MONTEVIDEO



Estudiantes que tomaron parte en la fiesta de la Primavera, realizada en el Casino

MONTEVIDEO



Recepción en el Club Médico, efectuada en honor del doctor Araoz Alfaro

ASUNCIÓN DEL PARAGUAY



[…]ctor Carlos L. Trasi, que el día 15 de septiembre presidió la convención del Partido Liberal Demócrata, en el teatro Granados
Fot. Recalde.

CHILE



El presidente de la república y demás concurrentes al banquete ofrecido por el P. E. al ejército, con motivo de la fiesta patria
Fot. Aráuz.

ULTIMAS INFORMACIONES GRAFICAS DE LOS AGASAJOS A LA EMBAJADA CHILENA



Recepción de la embajada militar y naval chilena en el Círculo Militar Argentino



Algunos miembros de la embajada chilena durante la visita que hicieron al Instituto Bacteriológico



El presidente y el embajador Bulnes en la estancia de Pereyra Iraola, donde se realizó una fiesta en honor de los chilenos



Durante la amable acogida que se hizo a los estudiantes chilenos en el local de la Federación Universitaria



"Team" de "Argentinos" (combinado), ganador de la copa "Newton", por dos a cero, el domingo último



Equipo de "Uruguayos" (combinado) que se disputaron la copa "Newton" valientemente con los argentinos

MERLO. — BODAS DE ORO



Durante la fiesta celebrada en honor de los esposos Russi-Acuña, festejando medio siglo de matrimonio

SAN LUIS



Alumnas de la Escuela Normal de Maestras, después del almuerzo con que festejaron el día del estudiante

CORDOBA



Grupo de estudiantes que tomaron parte en la farándula

Fots. Louzán, Cabada, La Vía, Arena y Stopani.

CURIOSIDADES

Las luciérnagas de Jamaica tienen una luz tan viva, que fácilmente puede ...rse a la luz producida por media docena de ellas.

El primer caso de cólera en Rosario, se produjo el 19 de marzo de 1867.

En Tolón hay un rosal enorme que puede producir quince mil flores en una sola estación.

El arte de pulir los diamantes lo inventó en 1476 Luis Berquem, en Brujas (Flandes).

La primera electrocución se efectuó en Nueva York, el año 1889.

Un aerolito que cayó hace algunos años en Rusia, contenía varios diamantes.

En relación a su población, Suiza gasta más dinero en obras caritativas que cualquier otro país.

La estatua de Mazzini fué inaugurada en Buenos Aires el 16 de marzo de 1878.

El rinoceronte de la India es el animal que tiene la piel más dura.

El territorio de la Rioja se constituyó en provincia argentina el 27 de febrero de 1820.

La isla mayor del mundo es Nueva Guinea; tiene 786.000 kilómetros cuadrados.

Durante el año 1912 murieron en París 9.281 personas de tuberculosis.

En China, a veinte kilómetros de Lian-Chik, existe una montaña de alumbre llamada Fan-Cham, que tiene 16 kilómetros de base y 854 metros de altura.

El calzado que usan los japoneses es, generalmente, de paja o de madera.

El aceite que se obtiene del hígado del tiburón es de calidad excelente.

LA CONTRAOFENSIVA ALIADA



El kaiser.—¡Si yo hubiera sabido esto!...

El mayor alambre de una sola pieza, en el mundo, fué utilizado como hilo telegráfico entre Begorah y Sectanaroum, en la India.

El lenguaje chino tiene treinta mil signos.

El eucalipto se desarrolla en veinticinco años tanto como en trescientos los árboles de madera dura.

En Arizona, Estados Unidos de Norte América, existe una selva petrificada. Millares de troncos endurecidos cubren el suelo y están coloreados de variadísimas tonalidades.

Nueva Gales del Sur produce mayor número de plantas que dan flor que cualquier otro país del mundo.

La guardia suiza del Vaticano fué instituída por Julio II.

En el distrito francés de Roquefort, se dedican alrededor de ocho mil ovejas a la industria del queso de ese nombre.

El uso del ron fué introducido en la marina inglesa en el siglo dieciocho.

La Biblioteca Pública de Lima fué creada por el general San Martín el 10 de agosto de 1821.

MIENTRAS LA MUERTE LLEGA...

No prometas

No prometas jamás lo que esté fuera de tu alcance y no te pertenezca. Prometer así es mentir descaradamente, porque para hacer real tu promesa necesitarías un esfuerzo del que no eres capaz o meterte a ladrón de lo que prometiste sin que fuera tuyo.

No sigas el ejemplo de los que profesan la idea de que "prometer no compromete". Cuando el hombre es hombre, su promesa debe tener el valor del más sagrado de los juramentos.

Nadie te obliga a prometer. Los que prometen mecánicamente, sin la seguridad de cumplir, no reflexionan que un "no puedo" dicho con franqueza es, a veces, más caritativo que la más halagadora de las promesas, cuando ésta no va a dejar nunca de serlo.

Procura no robar el tiempo al que lo necesita todo para buscar algo más positivo que promesas vagas que no pueden remediarle.

No te avergüences porque consideres poco lo que puedas hacer en beneficio del que te necesita. De todos modos, serás digno de aplauso y de estimación, ya que el que da lo que tiene no está obligado a más. En cambio, una promesa incumplida puede atraer sobre ti malquerencias inesperadas y odios profundos.

Reflexiona siempre, antes de prometer, que la mentira es la mayor fealdad del espíritu.

Sufre

El hombre está sujeto al sufrimiento y son contadísimos los que pueden librarse de él. Pero hay que sufrir como ser racional, procurando sacar fuerzas de flaqueza y dominar la imaginación que obra como cristal de aumento, dando a las cosas proporciones exageradas.

Hay que luchar con valentía para encontrar serenidad en la tormenta. El que sabe llegar por el sufrimiento a la exaltación cierta de la dignidad y del honor humanos; el que es capaz de librarse de la servidumbre del sufrimiento puede ser considerado como el mayor héroe.

Para el hombre de corazón, sufrir, cuando llega el momento, es ir perfeccionándose. La desesperación, exacerbándonos, sólo contribuye a aumentar el sufrimiento haciéndolo infructuoso.

Sufre, mientras la muerte llega, como hombre, que no todo es dolor en el mundo, y después de sufrir, si no te dejaste esclavizar por el pesimismo, la vida te parecerá más hermosa y tu corazón más digno de saborear las dulzuras que nos ofrece.

Imita

Ya que nada hay nuevo en la vida y que son tan difíciles las innovaciones, no te esfuerces demasiado en aparecer como hombre original y único. Si te sabes formar un carácter y obrar, según él, resultarás original sin pretenderlo.

No creas, sin embargo, que en la vida corriente lo mejor es lo singular. A veces lo que creemos singular es una tontería más que viene a aumentar el número espantable de tonterías que hay en el mundo.

Si sabes medir tus fuerzas y calculas que no estás llamado a producir obras admirables y acciones estupendas, fíjate en que hay en el mundo muchos y muy sabios ejemplos que seguir. Procura, pues, imitar lo que encuentres digno de imitación, que si sabes imitar bien y de todo corazón a un hombre bueno, puedes llegar a ser tan admirable como él.

A más es tan poco corriente, por desgracia, seguir los sanos ejemplos, que imitándolos, según tus fuerzas y tu carácter, puedes llegar a la originalidad mayor a que puede llegarse en esta vida.

Imita, mientras la muerte llega, al que sabe trabajar con alegría y vivirás alegre, al que realiza el bien desinteresadamente y serás estimable, al que sabe amar con entusiasmo y te verás rodeado de amor desinteresado y puro.

Mejora tu camino

Hay quienes tienen la deplorable idea de que vivimos en un mundo tristemente caduco, despreciable y ruin.

No creas tú eso; el mundo es bellísimo y prodigioso, aunque algunos pretendan entenebrecerlo, queriendo aparentar que la vida es desgraciada y lamentable, y consiguiendo que así sea, a fuerza de arrastrarse por los pestilentes fangales del camino.

Imponte, como obligación, mejorar tu camino y lleva abiertos los ojos para que no pasen inadvertidas ante ellos las bellezas que ha puesto Dios en el mundo para nuestro recreo. Comprende que una flor no puede dejar de ser bella, porque a ti se te ocurra pasar a su lado sin contemplarla, y que no puede desaparecer el cielo, porque te empeñes en vivir sin levantar la vista hacia él.

Embellece tu camino, mientras la muerte llega, ya que es cosa tan fácil que puede conseguirse llevando los ojos abiertos y procurando aquietar el espíritu.

Rafael Ruiz LÓPEZ.

¿Podremos predecir la muerte?

Los doctores rusos Vaschide y Vurpas, bien conocidos en el mundo científico, han estudiado durante algunos años los fenómenos así físicos como psíquicos, que presagian con bastante anticipación la muerte. Como resultado de sus investigaciones pretenden haber establecido lo que ellos llaman la fisiología de la muerte, emitiendo leyes y fenómenos que indican que los días de una persona están contados aunque parezca disfrutar de excelente salud.

Las observaciones han sido hechas sobre más de 400 personas, lo mismo jóvenes que de edad madura. Algunas de ellas parecían gozar de una salud envidiable. Todos los sujetos que murieron durante los primeros años que siguieron a la primera investigación, pasaron por las mismas fases antes de morir. Estas fases fueron siempre tres, a saber:

En primer lugar se notaba una sensible disminución en el vigor de las relaciones del cerebro con el cuerpo y sus funciones vitales. La circulación se hacía irregular, y el aparato respiratorio perdía poco a poco la fuerza. Observábase una tendencia a detenerse bruscamente en medio de la conversación o del trabajo para mirar fijamente a un punto indeterminado con el aire de vaguedad que algunas veces se nota en las personas más saludables durante una distracción pasajera. Esto fenómeno indica la cesación de la voluntad activa, y se observa, sobre todo, en las personas de carácter sensible o poético.

En la segunda fase los tejidos empiezan a dar muestras de torpeza, síntoma que se nota al exterior por la tendencia a perder el color del interior de los párpados, la lividez del rostro y un disgusto, cuando no un completo aborrecimiento, hacia los alimentos que antes se preferían y hacia las cosas que antes preocupaban principalmente. Para las personas poco conocedoras del asunto, un cambio de este género resulta imperceptible: a veces hasta los amigos más íntimos no se dan cuenta de esta pérdida de vitalidad. Sin embargo, la madre rara vez dejaba de observar hasta los más pequeños síntomas.

En la tercera fase se observó cierto decaimiento, así mental como moral, o por lo menos una ligera pérdida en la intensidad de la mente y de la conciencia que caracteriza al hombre sano. Cuando se trata de ancianos, si han vivido honradamente, suele notarse marcada tendencia hacia las cosas religiosas, pero los jóvenes y las personas de mediana edad más bien se muestran indiferentes y olvidan todas las consideraciones que conciernen al alma. Muy frecuente también es la tendencia a recordar episodios de la juventud, a pensar en amigos y parientes muertos, sobre todo hermanos y hermanas, y a rechazar a los niños.

Cuando se trata de mujeres o de hombres muy sensibles, es frecuente cierta disposición a la melancolía y a las lágrimas y el miedo a las habitaciones obscuras. En las mujeres se ha notado además indiferencia por el vestido y los adornos; no hay peor síntoma en una mujer que ver que descuida su propia compostura. Un síntoma, en fin, muy curioso es la inclinación a la compañía del sexo contrario, inclinación mucho más sensible que la que se observa en personas sanas.

Dificultando la colonización

Una de las perspectivas de la prosperidad de la república la ponemos en la colonización de los territorios.

¿Pero es que se dan al colono las facilidades y estímulos del caso?

Véase lo que informan al respecto, desde Posadas (Misiones):

"Además de las dificultades que se tienen en esta república para obtener los títulos provisionales o definitivos, aun se les prohibe terminantemente a los ocupantes extraer leña y maderas, con que podrían obtener recursos para ampliar la zona de cultivo, poblarla de ganado, etc.

"Los colonos no sienten entonces aliciente alguno, retirándose muchos al Brasil, Matto Groso y el Paraguay, con perjuicio de este territorio".

Representación parlamentaria con arreglo al censo

Los senadores Melo e Irigoyen despacharon favorablemente el proyecto sobre representación parlamentaria con arreglo al censo, pero a mediados de la semana pa[...] continuaba la obstaucción que el senador Jo[...] quín V. González le hacía. Sabíase tamb[...] que el presidente del Senado, señor Be[...] Villanueva, encabezaba las maniobras con[...] el proyecto. Decíase que la intención era d[...] jarlo para el año que viene o para las c[...] lendas griegas. Si la amenaza se cumple [...] se ha cumplido, los conservadores, que tie[...] nen la mayoría en el Senado, no podrán de[...] cir que las inculpaciones al "régimen" h[...] yan pasado a ser extemporáneas. Si los co[...] servadores hacen eso en la oposición, ¡qu[...] no harían si estuviesen en el poder!

CUESTA ARRIBA

Aquella tarde, endiabladamente fría, abandoné la templada y amable comodidad del hogar para recorrer las calles centrales, poco menos que solitarias. Padecía mal estado de ánimo, "luna" inexplicable e indefinida que ha escapado al análisis médico y nos lleva a la comisión de muchas injusticias.

Cansado de ambular, flagelado por la llovizna persistente, glacial y dolorosa como alfilerazos, que llegó a serme intolerable, penetré en un bar de la Avenida.

Allí encontré a Juanita. Había perdido esa embrionaria morbidez de la primera juventud que enciende en los ojos del observador relámpagos lascivos; pero había ganado en plasticidad, en hermosura de conjunto.

A pesar de los años transcurridos desde nuestra última entrevista, la reconocí por su dulce mirada de imploración,



tan sugestiva, tan atrayente, que la daba inconfundible personalidad y era quizá una de sus más bellas características.

Un expresivo apretón de manos, un cambio de amistosas reconvenciones, y arrinconados frente a la mesita, haciendo vis à vis, después de un elocuente silencio, renovamos la vieja relación desprovista de pasiones, reavivada por la similitud de coincidencias espirituales que desde un principio acercara nuestros corazones con los fuertes y estrechos lazos de los camaradas. Yo había visto siempre asociadas en Juanita las gallardías de la mujer honesta, varonil, capacitada para la propia defensa con las rebeliones del hombre digno. Era un "compañero" sincero, amabilísimo, intelectual de relieve, versado en artes y ciencias; una mujer perfecta, honor del sexo, que merecía ser varón entre los de más destacada valía.

—Usted recordará —empezó diciendo Juanita— que muerta mi madre al librarme a luz, fuí educada celosamente por papá, y como él adquirí preparación vasta, poco común en la mujer, pero de alta necesidad en quien no tenía otro caudal para la lucha diaria. Antes de los 20 años era yo una enciclopedia modesta, aunque sólida.

Se cultivó mi cerebro con la intensa gimnasia del estudio, dejando a mi corazón desconocer las pasiones y la ciencia del bien y del mal. Aumentaba mi sabiduría en la misma porporción que perdía en feminismo, y así ignoré —cuando más debía conocerlos— los peligros que se multiplicaban atraídos por mi juventud y belleza.

Fué por aquel tiempo que se interrumpió nuestra amistad. Usted marchó a lejanos países y yo quedé huérfana algunos meses después.

La gestión de amigos de mi padre me evitó el desamparo proporcionándome plaza de institutriz en casa de la familia N. Allí conocí a X, hombre depravado, con la envoltura de un ser ideal. Un tenorio del que no supo defenderme la inexperiencia.

Y caí; sufrí todas las adversidades. Arrojada como mala mujer, con el estigma de la perversión, y supe entonces de todos los dolores más acerbos.

Paso en silencio la etapa trágica de mis vigilias y sintetizo. Una noche, en cierto cabaret concurrido por hombres "distinguidos" y mujeres que visten sedas y rasos, y que se venden, encontré a X. Yo esperaba a Felipe, oficial de policía que me asediaba con su amor.

Al verme X, reconocióme y acercóse, hablándome con su cínica audacia de conquistador. Quería —decía el bandido— reconquistarme, reanudar lo interrumpido, volver al pasado, y me negué. Insistía X, argumentando su pasión, y ante mis ascos e injurias, descompuesto en un rapto de furia, me arrastró brutalmente, ante la indiferencia de los espectadores, y ya en la calle, a solas, me golpeó.

En aquel instante, poseída de valor heroico o quizá enloquecida, extraje de mi bolsa de mano un revólver y lo maté...

—¿Y entonces?—pregunté observando a Juanita, que se había quedado silencio a con la mirada perdida, como si viera nuevamente aquel cuadro de sangre...

—Entonces la casualidad me salvó. Llegó Felipe—que estaba de servicio—reconoció al cadáver, adoptó las medidas legales y haciéndome subir a un carruaje me condujo a la comisaría. Ya en ésta se declaró autor de la muerte de X, manifestando haber llegado al lugar del hecho en momentos que me golpeaba hasta sangrarme el rostro. Quiso intervenir, pero X le atacó revólver en mano; trabáronse en lucha y durante ésta se escapó el proyectil que causara una víctima. Yo corroboré la declaración, y las de los espectadores del cabaret me fueron todas favorables. La bondad de los jueces contribuyó a mi absolución.

—¿Y ahora?—interrogué nuevamente.

—Ahora trabajo. He vuelto a la vida sencilla y humilde; a la senda de que me alejó la inexperiencia de mi corazón.

Emilio VALVERDE.

Dib. de Macaya.

LOS CABALLEROS PORTEÑOS

Estado de su salud

Si hubiésemos de creer a nuestros grandes periódicos, estaríamos hoy donde estábamos ayer, que dijo el finado prócer, no recordamos ahora cuál, pero ciertamente alguno de los que tienen escritos con todas sus letras nombre y títulos en las calles de Buenos Aires. No hay que hacerse ilusiones, o—por si en efecto estuviese mal dicho así—no hay que forjárselas. No estamos hoy donde estábamos ayer. ¡Qué hemos de estar!...

Bien nos guardaríamos de hacer creer a nuestros conciudadanos que hemos llegado a los últimos progresos a que puede aspirar la democracia, y que con tal motivo ya podemos echarnos a descansar sobre los laureles. No haríamos tal. Sería inducirlos a un error poco más o menos tan funesto como el de hacerles creer que estamos hoy donde estábamos ayer. Cualquiera de las dos cosas sería colocarse fuera de la realidad, sin cuya fiel comprensión — ved ahí el inmortal ejemplo de Don Quijote — es imposible discurrir ni obrar acertadamente.

No estamos hoy donde quisiéramos, quizá ni donde pudiéramos, pero estamos lejos de donde estábamos ayer, y nos apartamos de eso pasado a una velocidad que siendo ya bastante buena, parece destinada a acelerarse todavía.

Bien concebimos, pues, la disconformidad con el presente, pero siempre que su enunciación implique una aspiración de progreso. En este caso, la disconformidad es promesa, y hasta garantía de progreso. Pero no la concebimos cuando implica una aspiración de regreso. Y esto es lo que implica el decirle al pueblo, cuando no es exacto: "Estamos hoy donde estábamos ayer. Nada has adelantado. Desilusiónate, desengáñate. Has hecho un pan como unas hostias". ¡Cuán distinto no fuera, y cuál otra cosa no importara, el decirle estas solas palabras: "¡Adelante, adelante! ¡Más lejos todavía!"...

¡Qué hemos de estar hoy donde estábamos ayer! Lo dice el solo hecho de que dentro de pocos días habrá elecciones municipales en Buenos Aires. Y el resultado de esas elecciones puede ponernos mucho más lejos del ayer, de lo que a la fecha nos atrevemos a esperar. Tal pasó, en efecto, en todas las elecciones importantes efectuadas en la república, a partir del voto libre, secreto y obligatorio. Siempre los resultados excedieron a las previsiones.

Las listas de candidatos son muestra de la mudanza de los tiempos. La lista del abolengo no figura ya en la liza. Ha sido eliminada. Los hombres ilustres que no querían municipalidad electiva, ni con voto popular ni con voto calificado, y que se apoderaron del gobierno municipal, colocando "caballeros porteños", personajes de mucho apellido y mucha ropa, al frente del departamento ejecutivo, y abrumando de "caballeros porteños" la comisión municipal, no se atreven a formar una lista de sus ilustres, caballerescos, siderales nombres, a ver si el público porteño les da un voto de aplauso por las administraciones que hicieron, y por la gracia con que sabían llevar una vela en la procesión del Corpus. En las últimas elecciones nacionales, los caballeros porteños aparecieron todavía una vez. Pero, ¡ay!...

¿Y quién llena ahora el vacío dejado por los caballeros porteños? Pues si ese vacío no se llenase, los caballeros porteños podrían tener la pretensión de que habían dejado un vacío difícil de llenar. Sin contar que podrían volver a llenarlo ellos mismos. Pero alguien podría decirles, si se diese una emergencia a propósito: "Quien fué a Sevilla, perdió su silla"

Llenado está el vacío, y bien llenado. Donde hubieran podido estar los caballeros porteños, tenemos a los capitanes del comercio y de la industria, a los caudillos del trabajo, que son quienes en realidad deben representar en una democracia a las fuerzas conservadoras, y sobre todo, los únicos que pueden hacerlo. Aun en los asenderados imperios centrales, el señor Ballin, naviero, que ni aun tiene el von, es mucho más importante personaje que algunos de los archipámpanos reinantes; a tal punto, que cuando el señor Ballin abre la boca para decir que ella es suya, el cable vibra más largo e intensamente que si hubiese nacido una princesa de Sajonia-Coburgo y Gotha... ¡Y contad que estas princesas descienden nada menos que del vándalo Genserico, honor de que no puede jactarse el propio kaiser Guillermo!

Y si hoy estamos lejos de donde estábamos ayer, mañana lo estaremos mucho más. Hay que resignarse a creerlo. En 1914 había en Buenos Aires no muy lejos de un millón de habitantes menores de 18 años, casi todos gringuitos, galleguitos y chusmita, como les llaman los caballeros porteños. Bien serían varones la mitad de ese millón. De esta mitad van saliendo todos los años tandas de electores cada vez más numerosas. Ya salieron cuatro tandas, y ya se vió el resultado que dieron en los comicios. El año que viene saldrá la quinta, mayor que la cuarta, y el año siguiente saldrá la sexta, mayor que la quinta. Y ninguno de esos gringuitos, galleguitos ni chusmita quiere saber ni palote de caballeros porteños ni de caballeros cordobeses. La tanda de este año no conoce mucho sus nombres. La del año que viene los conocerá menos, y la otra los ignorará casi por completo.

Pero para demostrar que no estamos hoy donde estábamos ayer, basta el timbre histérico de la voz que lo proclama. Es el mismo timbre de los mariscales que cuanto más apretados se ven, gritan con voz más aguda: "¡El enemigo se está desangrando de una manera espantosa!" No es que estemos, sino que se quisiera estar, y que bien sabemos que no estamos... y que no volveremos. Podríamos volver si todo no hubiese sido más que un desplazamiento de fuerzas políticas. Pues los partidos suelen turnarse en el poder. Pero el desplazamiento que hubo no fué de fuerzas políticas, sino de fuerzas sociales...

Diga lo que quiera la prensa grande porteña, propiedad de caballeros porteños.

La voz de los sordos

Todo el mundo ha notado el peculiar tonillo de la voz de los sordos. En efecto, diríase que una persona sorda puede ocultar más o menos su sordera, pero el tonillo particular de su voz, revela siempre el defecto. ¿Por qué es esto? Por lo siguiente: como una persona sorda es tan sensible y teme tanto llamar la atención a ella o a su defecto, adquiere el hábito de modular la voz, e inconscientemente adopta un tono bajo al hablar. Es este un peligro contra el cual muchos sordos no están suficientemente alerta; y si una persona sorda no tiene cuidado, puede perder también la voz, además del oído.

Aun con la ayuda del mejor tratamiento médico puede no recobrar este último, pero al menos debe conservar la primera. A tal fin ha de evitar el tentador hábito de hablar con la garganta, y debe esforzarse, no sólo por articular claramente, sino por abrir la boca y enunciar sus palabras distinta y hasta enfáticamente. No ha de tener miedo de hablar.

Como útil ejercicio en ese sentido, ha de recomendarse a los sordos la lectura en alta voz, de modo que en un cuarto grande la oigan distintamente otras personas de normal oído.

Esta recomendación deben tomarla en cuenta aquellos que tratan con personas sordas, ya como amigos, ya como consejeros médicos, pues es de común observación que tan difícil es entender a algunos sordos, como hacerles oir. La verdad es que todos los seres humanos tienden a entonar la voz por el sonido externo de las cercanías, y a falta de un sonido externo regulan el diapasón por el sonido de su propia voz. En los oídos de personas sordas todas las vibraciones producen sonidos más o menos apagados, y como los de su propia voz, llegan casi sin menoscabo alguno a sus órganos auditivos, producen un ruido relativamente grande

Resulta, pues, que como un sordo no puede medir bien el tono de su voz, cree que está hablando mucho más alto de lo que es en realidad.

De aquí que a menudo ocasione innecesarias molestias a los amigos con quienes conversa por serles tan difícil entender lo que él dice como hacerle oir lo que le dicen.

C. H.

Página subjetiva

Amigo mío, puesto que ya el enjambre humano
huyó, y en torno nuestro no se advierte un rumor,
penetraremos juntos, unidos de la mano
a las profundidades de mi reino interior.

(No admires la belleza de esta pompa ilusoria,
de este oropel fingido que el hombre anhela y ama,
si es que aspiras al reino sublime de la gloria
donde arde eternamente la simbólica llama).

¡Ves, amigo, qué calma, qué silencio profundo
has encontrado en este mi reino subjetivo?
¡No comprendes ahora por qué sigo errabundo
la senda de la vida, callado y pensativo?

Aquí, tranquilo, lejos de la humana balumba,
serenamente grande como un anacoreta,
en el silencio augusto de esta hermética tumba
yo enterré mis azules ensueños de poeta.

Amigo mío, nunca te asalte la tristeza
si me ves, pensativo, por la vida ambular,
sabe que en lo profundo de mi reino, Pureza
y Amor, tienen eternamente alzado un altar.

A. LARRAN DE VERE.

Ironías

Es la vida una lucha, un toma y daca
donde se juega el hombre la cabeza
y aquel que tiene ardides y destreza
es quien al fin y al cabo se destaca.

Sólo el que a muerte y sin piedad ataca
llegando si es preciso a la vileza
es quien un lauro de oro y de grandeza
a la inconstante suerte al fin le saca.

Pero aquel que en la vida se conmueve
a una súplica o ruego el hado aleve
le niega hasta el derecho de ser hombre

dándole en premio a tanta abnegación
un dogal para el cuello y un rincón
en la "fosa común" de los sin nombre!...

Miguel MARTOS.

CARLITOS TOCA EL PIANO



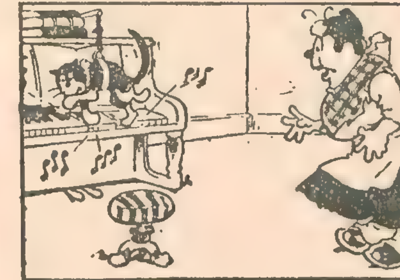
Al regresar la madre de Carlitos de un paseo, la fámula Petrona le aseguró que el pobre muchacho no había dejado de tocar el piano en tres horas.



De la habitación vecina llegaba, efectivamente, un raudal de corcheas, fusas y semifusas que no dejaba lugar a dudas respecto a la actividad de Carlitos.



Al asomarse la buena de Petrona a la ventana, vió con la consiguiente sorpresa a Carlitos que estaba jugando con otros compañeros en la calle.



Fué a cerciorarse del origen de los ruidos musicales, y su sorpresa no tuvo límites al ver al pobre morrongo tecleando gracias al ingenio del travieso Carlitos.

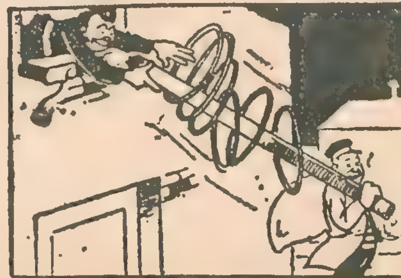
EL INGENIOSO BOTÓNEZ



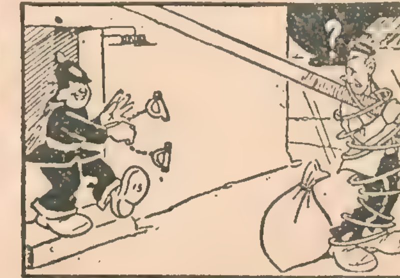
El agente Botónez, al ver que un caco había desvalijado la caja de caudales de un banco, salió en persecución suya.



Pero el ladrón le cortó la retirada, separando el caño de desagüe por el que había bajado y que el agente no pudo ya utilizar



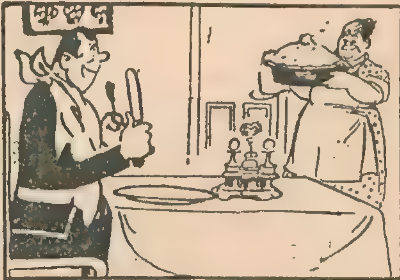
Silbando un tango se retiraba el bandido, pero Botónez, que no tiene un pelo de zonzo, le envió una serie de aros por el caño, y cuando quiso acordar el ladrón...



...se vió aprisionado por los aros. Botónez, mientras tanto, bajó tranquilamente por la escalera, seguro de que no se le escaparía su presa.

LA SORPRESA DE FAUSTINA





León es un perrito muy travieso y muy goloso. Sabedor de que la cocinera Faustina había preparado un postre, se introdujo en la fuente, y como la torta resultara de su agrado, se la devoró.

El ñato Fernández, de profesión vigilante, esperaba, mientras tanto el ponderado postre, y al ver llegar a Faustina con la fuente, la boca empezó a hacérsele agua y se relamió de puro gusto.



Podrá imaginarse la sorpresa del ñato y de Faustina al destaparse la fuente y asomar su simpática figura el atrevido pichicho, que saludó a su patrón con un alegre "guau, guau".

Un verdadero regenerador del cabello.

Hemos recibido la siguiente receta de un corresponsal, que le ha resultado ser de gran valor. Nuestro corresponsal dice que esta mezcla constituye un tónico para el pelo que sin duda aumenta el crecimiento del mismo, remedia la calvicie, restaura las canas a su color natural y destruye la caspa.

Tómense 7 decigramos de Mentol cristalizado y pónganse en una botella de una capacidad de 125 gramos, que contenga 50 gramos de alcohol a 90° y 45 gramos de agua destilada, y véase que se disuelven completamente.

Cómprese al mismo tiempo 30 gramos de Lavona de Composée, y añádase la mitad a dicha mezcla media hora antes de que vaya a usarse la loción, agitando bien el frasco. Aplíquese por dos días en el cuero cabelludo, y después échese la mitad restante de la Lavona de Composée.

Otros lectores se complacerán indudablemente en probar este remedio que nos ha mandado nuestro corresponsal. Tenemos entendido que los ingredientes pueden obtenerse en cualquier Farmacia.

ANECDOTAS

EL MIEDO NO ES ZONZO

El heroico marino Alburquerque fué asaltado por una tempestad, la más horrible que jamás vió. Cada vez que el barco se encontraba sobre las crestas de las olas, cada vez que se abismaba entre dos montañas de agua y espuma, parecía el último instante de la vida de la tripulación. Alburquerque, acostumbrado al mar y a ver la muerte cara a cara sin inmutarse, temblaba de espanto.

—¿No habrá un niño en el barco?—preguntó el marino.

Lo había y se lo entregaron. Alburquerque tomó en manos al pequeñuelo y, levantándolo sobre las cabezas de los circunstantes, que se inclinaban respetuosamente, exclamó mirando al cielo:

—Señor, nosotros somos pecadores; pero éste es inocente.

Un instante después el mar se serenaba y el barco se mecía tranquilo, gallardeándose sobre las olas mansas.

Aurelio Pereira.

— -

Lleve usted buen viaje, coronel; pero, sobre todo, no vaya a Mendoza: allí se encuentra el fraile Aldao, que no es Quiroga, y que si puede lo fusilará.

Barcala no hizo caso del intencionado consejo; fué a Mendoza... y el fraile lo fusiló.

Loraio (Córdoba).

LA CARA DE UN TRAIDOR

Después de la batalla de Monte Grande, perdida por Lavalle, los unitarios, tenazmente perseguidos por los soldados del general Oribe, se dispersaron en pequeños grupos tomando por sendas extraviadas el camino de Bolivia.

Formaban uno de estos grupos el doctor Marco Avellaneda, el coronel José María Vilela, el comandante Lucio Casas y varios otros. Iban por la pampa grande, camino de Jujuy, cuando se les reunió el capitán Gregorio Sandoval, que había sido de la escolta de Lavalle, a quien seguía un numeroso grupo de jinetes. Sandoval, al incorporarse al gobernador Avellaneda y a sus acompañantes, concibió el bajo proyecto de entregarlos a Oribe, en cambio del perdón para sí y sus acompañantes: innoble pensamiento que realizó mientras los fugitivos, rendidos de fatiga, descansaban tranquilos y confiados.

Avellaneda y sus amigos y compañeros, entregados al secuaz de Rozas, fueron sacrificados en Metán.

El traidor, incorporado a las tropas de la Confederación, no tardó en sufrir castigo de su villana acción: El mismo día en que las tropas triunfadoras de Monte Grande se posesionaron de Salta, el coronel Andrada, jefe de vanguardia de Oribe, ordenó la prisión del tránsfuga.

Hallábase éste tomando el sol, sentado al pie de la torre de San Bernardo, cuando uno de sus propios soldados se le acercó, diciéndole:

—Mi coronel, preste su puñal para comer este asado—y, sin contestar, prestó el puñal...

Momentos después su asistente le pidió la espada para limpiarla. Distraídamente la desprendió Sandoval de los tiros, entregándosela sin dificultad al soldado.

Ya desarmado, formóse la guardia del próximo cuartel, siendo reducido a prisión y conducido al Cabildo, donde fué puesto en capilla.

Al día siguiente, es decir, a los diez y ocho días de recoger el fruto de su negra perfidia, se verificó su ejecución. Sentado en el banquillo, se sacó el quepis de Avellaneda, que tenía puesto, y dijo a los soldados que debían fusilarle:

—Tiradores: apuntad al pecho; no me desfiguréis el rostro.

Las balas no obedecieron: precisas y justicieras, se incrustaron en la faz del reo, haciendo pedazos la cara del traidor.

Delia C. Díaz.

LA ESPADA DE BOLIVAR

Al ir a la guerra, el libertador Bolívar no olvidaba nunca su espada, aquella espada brillante que reflejaba los rayos magníficos de la victoria. Pero en Bomboná no la usó, según lo refiere el siguiente episodio:

Examinando el terreno y decidido a librar la batalla, dispuso que el comandante de la primera división ocupara una altura lejana, sin que la tropa se detuviese ni a almorzar.

Por desgracia, el pobre subalterno no entendió la orden e hizo vivaquear los batallones.

Indignado Bolívar por lo que creyó una desobediencia, y para salvar la autoridad y la disciplina, llegóse a la cabeza de la línea, a todo correr de su bridón.

—General Torres—dijo con acento imperioso,—entregue usted el mando al coronel Barreto, que cumplirá mejor mis órdenes.

Palideció el general Torres al escuchar tan inesperadas palabras, y, rompiendo su espada, tomó un fusil.

—Libertador—repuso en su sorpresa,—si no soy digno de servir a la patria como general, a lo menos la serviré como soldado; nadie podrá impedírmelo.

Arrepentido de su arrebato, Bolívar abrazó al punto al pundonoroso jefe en presencia del ejército, y le devolvió el mando que acababa de quitarle.

—General—díjole, dulcificando la voz,—aquella altura nos dará un triunfo; tómela a trueque de todo.

Y, desciñéndose la espada, se la entregó con estas palabras:

—En manos de usted estará como en las mías.

Luisa B. Quique D.

LA PÁGINA DE LOS LECTORES

El hombre que constituye mi sueño

Mi ideal lo constituye un rubio o morocho, joven o viejo, alto o enano, que como única fortuna posea un tílbury y lo sepa manejar, para así poder pasearme y... en carnaval ir al coso.

Cuando solloza el alma.

Mi ideal no sé cuál habrá sido; sólo podré decir que habiendo encontrado un joven que ha sabido amarme cual yo deseaba, es decir, mucho, correspondo a su cariño que creo sincero con todos los impulsos de mi primer amor.

Fita.

¿Mi ideal? Un hombre serio, honrado, trabajador, educado y cariñoso, su físico me es indiferente, su edad, de 30 a 40 años, que sea pobre o rico lo mismo sería, me conformaría con que su trabajo le diera para mantener un hogar sencillo donde reinaría el trabajo y el amor, y con esto la felicidad.

Honesta.

Mi ideal es un joven alto, elegante y que vista a la moda, rubio o morocho me es igual. Aunque sea pobre no es nada, mi fortuna alcanza para los dos; extranjero, pero que resida en Rosario, y no pase de los 25 años.

Anita L.

Para mí no hay hombre ideal, porque son todos iguales, y no creo en el amor de ellos. Porque cuando se apoderan de un alma buena y sensible la estrujan con el desprecio y gozan en su amargura. Y, entonces, ¿para qué forjarme una ilusión?

María Virginia.

Lo siento muy cerca y no sé por qué, con un alma análoga a la de Lamartine; alto, morocho, de 24 años... ¡Oh, ilusiones, vanas ilusiones de mi cabecita rubia!...

Sélika.

Soy una hija de Israel: morochita y de cabellos negros, mi sueño constituye un joven que sea mi correligionario, estatura, carácter, sentimientos, etc., que sea perfecto en todo como

Matilde.

El joven que constituiría mi ensueño sería uno feo, muy feo, ¡cuanto más feo más simpático!, y que posea todas las cualidades posibles.

¿Habrá entre los amables lectores un feo que quisiera contestarme

A mí?

Mi ideal es un morocho de 22 a 26 años, de ideas aliadas, cariñoso, muy amante de su hogar y de la que ha de compartir sus alegrías y tristezas; que no sea veleta y sepa amar a

Cholita.

He soñado y sueño con un hombre romántico y muy apasionado; alto, buen mozo y unido a esto, honrado y generoso. Y aún más; instruído, amante del sport y buen futuro esposo y... padre.

Helena.

Mi ideal:

No lo he imaginado nunca, no he pensado en su aspecto. Esperaba que un día ese príncipe aparecería ante mí. Y lo he hallado: alto, delgado y elegante, blanco y rosado, tiene unos ojos verdes como el mar de mi esperanza, que reflejan una dulzura y un amor inagotable. Le conocí en una ciudad entrerriana del centro.

Desde entonces le amo en silencio.

Morocha romántica.

Creo haber vislumbrado en las palabras del que se firma Futuro Diplomático el ideal que se había formado en mi mente. Recto, cariñoso y que tenga talento. Que me lleve a fiestas y guste del hogar. Soy coqueta pero buena.

Gatita blanca.

Es mi ideal un joven alto, morocho, de ojos negros, cariñoso y simpático, cultor de todo lo bello, que ame la poesía, de conversación fácil y amena, que revele en sus acciones un espíritu superior y que su pensamiento esté en la felicidad de su hogar.

Una rubia.

Para mí ninguno, porque todos son jóvenes sin corazón que aman tan sólo un momento, y, nosotras las víctimas, sufrimos por su amor, mientras ellos van en busca de otra víctima.

Yolanda.

Ha de ser aquel que quiera en nuestras varias almas refugiarse; un poeta, un soñador que además de saber amar sepa abrir un sendero de flores, un camino de felicidad.

Nati y Tutula.

Mi ideal es un joven fuerte que sepa afrontar cualquier peligro, inteligente y bueno, que lea en mi pensamiento que lo amo y así gozaré de una dicha que nunca conocí.

Andrea Cornago.

Más educado que instruído; delicado, bueno y leal, alto, fuerte; que tenga hermosos ojos, ojos que hablen al alma, que sea amante de las bellas artes; que le gusten las flores, la música, que escriba, y practique algún sport.

Billie.

> Las colaboraciones para esta página no deben contener más de cincuenta palabras, y sólo se publicarán las que se juzguen de interés.
> Diríjanse bajo sobre a la siguiente dirección: MUNDO ARGENTINO — "La página de los lectores"—Maipú 393—Buenos Aires.

¿Cuál es en mi concepto la mujer ideal?

Mi ideal es una niña hermosa, rubia, de ojos grandes color castaño y de fascinadora mirada.

Estoy locamente enamorado de esa virgencita de mis ensueños, pero me tengo que resignar a amarla en silencio, pues que ella aun no sabe nada del ardiente amor que le profeso.

Joven del domingo 14.

Mi ideal es "Perla Withe", que tiene una cabeza hermosa y cabello rubio, sus dientes son perlas, sus labios cual los de un querubín. Sus ojos brillantes como el lucero de la noche.

Admirador.

Una joven de 20 a 22 años de edad, de religión hebrea, morocha o rubia me es indiferente, de carácter firme y noble, que aborrezca el lujo pero que le guste la elegancia, de familia modesta.

Israel.

Es una adorable chica, pero, ¡oh, desilusión!, le temo, porque la mujer es un ser lleno de misterios... La mujer contiene reunidas las voluptuosas gracias con que el paganismo adornó sus diosas.... Las gracias puras con que la religión cristiana nos pinta sus vírgenes. Pero la mujer encierra también un veneno mortífero con que asesina al hombre que la adora.

Peleguiya.

¿Es usted divorcista?

¡Si soy divorcista?... ¡Pues no!

Pienso como "Zalea Minerva"; pero eso de sufrir en silencio como ella dice, sólo lo haría como último recurso, pues creo que el que ama de veras podría reconquistar al esposo perdido. No por medios malvados, sino por medio de mucha paciencia, cariño, dulzura y sobre todo fe en Dios.

Argentina.

Con la inestabilidad de lo humano, ¡cuántos matrimonios amenazados!

¡Oh, mujeres, cuya frivolidad estará constantemente acechada por la susceptibilidad del hombre! ¡Vidas indecisas expuestas al mundo!... ¿Vendrá el libertinaje? ¿Vendrá la corrupción?

Y los que en zaga quedamos, cuidemos en elegir sabiamente, en bien de aquéllas, el factor que constituirá nuestro hogar.

S. E. R.

A Isabel:

Cuando una nación es culta, y en ella existen jueces, el divorcio debe aceptarse, para el bien de aquellos que, unidos, están divorciados. Esta es religión verdadera.

Orestes.

Soy enemigo acérrimo del divorcio.

Si es cierto que no siempre y no todas tienen la suerte de "tocarle" un buen marido, habría quien de él abusase, tomando el casamiento como una simple unión, diciéndose para sus adentros: "De tosos modos, si mi marido sale malo, me divorcio".

Pinchulo.

LAS MODAS FEMENINAS EN LOS PAISES BELIGERANTES



El empleado miope.—Bueno, pero... ¿cuál de ustedes es el novio?

No sé cuál habrá sido; sólo podré decir que habiendo encontrado una joven que sabe amarme como yo deseaba, es decir, mucho, correspondo a su cariño que creo sincero, con todos los impulsos de mi primer amor; y ella es hoy la que constituye mi sueño y en quien cifro todas mis esperanzas.

(Wynne) L. P.

¡Mi ideal? Una chica de diez y ocho años, de cabellos rubios, ojos azules expresivos, linda o fea me es indiferente, pues mi concepto sobre la mujer, no está basado en el físico, pero sí en sus buenas costumbres y educación, que sea liberal, de bellas cualidades, y, sobre todo, que sepa corresponder a este que mucho la sabrá amar.

Adolfo L.

Una chica completamente femenina, sencilla y alegre, que ame la música y las letras y no tenga pretensiones de intelectual, que le guste la vida del hogar y sea muy cariñosa con quien verá en ella una compañera y un complemento. En lo que al físico se refiere, me basta que sea simpática.

Linito.

Lo constituía una joven morocha, de ojos negros y expresivos, más, ¡ay! creí que me engañaba y la abandoné; pero la herida que ha dejado en mi corazón sangra y confío en el tiempo, si es cierto que existe el olvido.

A. E. de C.

Una joven de regular estatura, de cabellos y ojos negros y penetrable mirada. Angelical sonrisa, apacible carácter y que en su alma se reflejen las bellas cualidades dignas de la mujer que constituye mi ideal.

Ansioso.

Sueño en una joven que podría ser mi compañera, que tenga de 22 a 25 años, de una familia modesta, que sea alta, gordita, aunque no bella, pero muy simpática y cariñosa y que no sea exigente.

Mendocino grande.

Mi ideal es una viudita joven, linda como la Venus de Milo, que tenga ojos negros de mirar de fuego, a fin de que haga germinar el amor que permanece adormido, cariñosa y libre de su voluntad.

Falucho.

Considero el divorcio la más errónea de las leyes, la más inmoral.

Porque tras de ser un mal para la sociedad, sería para muchos el matrimonio un divertido juguete.

Graciela.

La ley del divorcio es tan necesaria en la República Argentina, como las balas en la guerra.

Clarita Rosa.

¡Sí, lo soy! y acepto en entero favor esa "gran" ley. Ley que será una lumbrera en el hogar infeliz y en el amor fútil... de la vida.

José Bilberman.

Considero que por felices que se encuentren los esposos, excluyendo los derechos que menciona el doctor Melo, necesitan tener siempre la facilidad del divorcio, para el caso extremadamente necesario, pues el que así no lo sienta, es porque jamás ha apercibido el más pequeño rasguño de la vida.

J. T.

No soy divorcista. El divorcio lo juzgo como una ley pésima y bruta.

El divorcio es para los ignorantes, inconscientes y pesimistas.

Hugo A. (Pergamino).

Puede aceptar la ley del divorcio solamente el que no tiene corazón ni fuerza para luchar por el porvenir de un hogar honesto.

D. Foyver.

Los esposos que se separan son en concepto de Franklin como dos hojas sueltas de unas tijeras, que para nada sirven, que ninguna aplicación pueden tener. Además es muy poca cosa la mano del hombre para separar lo que ha unido la mano de Dios. El divorcio es, pues, el recurso heroico de las almas pequeñas.

María Estier.

¡Claro pues que lo soy!... Manifestaré que al casarme lo hice en el convencimiento de que constituiría un hogar donde fuera "reina" la felicidad, pero... consentí a la progenitora de mi compañera permanecer a nuestro lado, y... como es natural... sucedió lo inevitable Yo no previne la tormenta... ¡que si no! y he aquí que estoy entre dos fuegos.

J. M. F.

Confidencias

A Violeta silvestre:

Señorita: apruebo vuestras ideas en el concepto del hombre ideal. Hace tiempo que leo "la página de los lectores" sin participar de ella; pero al fin he encontrado quien piensa bien para hallar la felicidad.

Argentina.

Tan grande es mi dolor, que lentamente me consume.

El hombre a quien juzgué el más culto y delicado, me ultrajó con los términos más soeces.

No siento la pérdida del amor de ese joven; pero sí siento desgarrada mi alma, al recuerdo de mi dignidad apostrofada.

Siento, sin embargo, un alivio a mi dolor porque sé que fué inducido por personas poco educadas.

27-41-12 (Eve).

A Hastiada:

Creo que tu defecto físico no servirá para que el hombre que ha de ser tu compañero repare en esas pequeñeces, siendo buena y hermosa y teniendo unas manos tan hábiles como las tuyas.

Esa sería mi mujer ideal.

Hastiado.

A Hastiada:

El hombre que os quiera, deberá hacerlo, no por vuestras perfecciones o imperfecciones físicas, sino por vuestras virtudes, máxime si es formal y sabe analizar y comprender lo que es la vida en el matrimonio. Esa manera de tomar tan a pecho nuestro defectillo, revela poca reflexión y poca edad.

Abelardo.

Para Lela N.º 391.

¿No es usted la pedante al afirmar tan ligeramente que ni con la linterna de Diógenes encontrará un hombre de corazón y conciencia? Puedo asegurarle, Lela, que los hay con esas cualidades, y muchos... y para encontrarlos no es necesario ayudarse con linternas de ninguna especie, pero sí poseer un buen juicio y un sano criterio, cosas que por lo visto le faltan a usted. Lo lamento sinceramente.

Panchito S......i.

A Lela:

Apaga la linterna, Lela, pues te aseguro, sin modestia, que también la modestia suele degenerar en pedantería—que si no soy el hombre que buscaba el sabio griego, es porque él no era mujer.

Yo, a mi vez, busco una mujer, y como tú, sólo pido que tenga: corazón, conciencia y educación; lo demás es lo de menos.

Diógenes II.

Para Jamnice:

Tu pregunta me resulta tonta. ¿Cómo quieres que por medio de esta revista conozcamos tus cualidades de artista para aprobarte? Yo no te aconsejo esta carrera, pues es muy peligrosa, y tú, conociendo esta cualidad, te basta para desilusionarte, pues este poder no lo tenemos las sudamericanas, sino las del Norte.

Lirio.

He dado tres palabras de casamiento y ahora me reclaman su cumplimiento las tres poseedoras de ellas. Como no pienso hacerlo, ruego a las lectoras y lectores me den una solución. También hago esto para ver si las interesadas lo leen y me evitan explicaciones enojosas.

Tenorio.

A Proudhom:

Según la suerte que el destino nos depara, dependerá nuestra felicidad. Mi guía, Schopenhauer; por ello llamáronme la atención vuestras líneas, y no menos el sentimiento siendo análogo al mío.

No soy indiferente, sino honesta, modesta y noble. ¿Seré así una mala compañera?

Sully.

Siento infinita vocación por el arte cinematográfico, y mi ardiente anhelo sería proseguir esta carrera si no fuera porque mis padres se oponen tenazmente a ello.

No soy del parecer de los que opinan que la mujer pierde su dignidad si se dedica a las tablas, pues está bien demostrado que existen artistas que son tan buenas madres como excelentes esposas.

Copo de nieve.

Jannete G.

Mi cariño es demasiado leal para ocultarlo, y demasiado sincero para demostrarlo con frases ampulosas.

Por eso me limito a revelarlo con una sola palabra, confesándole a la vez, que la esperanza de ser correspondido, constituye hoy mi aspiración suprema.

Joseph F.

A Aliado-Rosario:

¿Por qué la desea usted maestra? No es suficiente con que sea educada aunque no tenga título? O es que es usted de los tantos que le gustan vivir del "dolce far niente" o de aquellos "clavos" que se consideran capaces de administrar sueldos ajenos?

Porteña revolucionaria.

Para Lord Lister "Raffles":

La moda de hoy es muy bonita si no la exagerasen. Si usted, mi querido Lord, juzga por algún "María Luisa", que creyéndose ir a la "moda" se viste de mujer, retire su opinión, porque en verdad la moda es hoy muy bonita, a lo menos le agrada a esta

Chiquita.

En mar agitada un buzo oscila como un péndulo a los 30 metros de profundidad, correspondiendo las oscilaciones a los movimientos de la onda superficial.

VAMOS A VER...

UN EMPRESARIO EXIGENTE

—Y esos violines, ¿por qué no tocan?

—¡Qué cosas tiene usted, don Hilario!... Porque tienen unos compases de espera.

—¡Pues aquí no se viene a esperar! Yo pago para que toquen.

José Balach (hijo).

QUÉ LISTO

Padre.—Manué, vete a la esquina y ve si a salío el so, y yo te alumbraré por la ventana con el candil.

Sombra y Luz.

EN CLASE

La maestra.—Raúl, cíteme una palabra que termine con ble.

Raúl.—Sable.

Enrique.—No, señorita; el sable no termina en ble, sino en punta.

Toto y Roberto.

COLMOS

El colmo de un entraineur.—Ponerle a un caballo la trompeta... de la Fama.

El de un mueblero.—Hacer muebles con las tablas de Moisés.

El de un guarda.—Guardar los buenos modales.

El de un apuntador.—Dirigir la escena desde una concha marina.

El de un sastre.—Cortar un traje con la tijera de un rancho.

Quezmar.

SEGÚN SU PAPÁ

Maestro.—Vamos a ver, Facciadurini, ¿en cuántas partes se divide el continente americano?

Facciadurini.—En cuatro, señor maestro.

Maestro.—¿Cómo en cuatro? Vamos a ver, ¿cuáles son?

Facciadurini.—América del Norte, América Central, América del Sur y porca América!!!... como dice mi papá.

Devotito.

EN LA ESCUELA

La maestra.—Explicando las invasiones inglesas, dijo, que desde las azoteas se les arrojaba aceite caliente a los soldados ingleses.

Un alumno interrumpiendo.—¡Señorita! ¿Pero entonces el aceite no sería tan caro como ahora?...

Polo.

LA TRAIDORA

La hermana menor entra corriendo a la sala, pincel en mano, y en presencia de las visitas, grita:

—Juana, no puedo encontrar la pintura colorada, déjame que saque de tus mejillas un poco con el pincel.

Antonio Cañero.

EN UN CAFÉ

Contaba un andaluz
a un grupo que le escuchaba...
de las ciudades que visitara
en la América del Sur:
—¿Dónde está "El Callao"?
un curioso demandó,
y él al punto contestó:
—Ahonde estaba el año pasao.

Cal.

MENSAJE

Juancito está con pocas ganas de ir a la escuela; y como todavía no van a hablarle, llama al criado y le entrega un papelito que rezaba así: "Si no vienen a hablarme para que me despierte, no podré ir a la escuela.—Juancito".

Chiste-cito.

LA MEJOR LOCALIDAD

Un revendedor de localidades, a un señor que se dirige a la boletería de un teatro:

—¡Señor, señor, una butaca, excelente situación, por diez nacionales!

—¡Diez nacionales, una butaca!...

—Ah, señor; es la mejor de la sala; en caso de incendio, ¡está al lado de la puerta!

C. C. 3068.

COLMOS

El de un bañista.—Bañarse en un mar de... lágrimas.

El de un leñador.—Derribar el árbol... genealógico.

El de un periodista.—Dirigir el diario de una... casa de comercio.

El de un bombero.—Apagar el fuego de una... pasión.

F. J. Cal.

TARIFAS SON TARIFAS

Un viajero llega de noche a una fonda, la única de una ciudad de provincia.

"Habitaciones de 4 a 8 pesos", lee en un letrero.

—Deme una habitación de 8 pesos—dice al fondero.

—Imposible, señor; todas están ocupadas. Si se conforma con la mesa del billar...

—Vaya por la mesa del billar, si no hay más remedio—suspira el viajero resignado.

Toda la noche la pasó revolviéndose sobre su duro lecho, que le destrozaba los riñones, y al día siguiente pide la cuenta.

—Diez pesos.

—¿Diez pesos? ¡Más caro que una cama!

—Señor, observe la tarifa del billar. "De noche, la hora un peso".

Luis Tarifero.

¡¡NI POSTIZOS!!

Una vieja muy presumida y sin dientes, contaba en cierta ocasión a sus amigos:

...Sí, yo estuve presente, y al oír las canalladas que decía, me rechinaban los dientes de rabia.

Rosarino.

COLMOS

¿Cuál es el colmo de un carpintero?
Entablar una demanda.
¿Cuál es el colmo de un albañil?
Revocar una sentencia.
¿Cuál es el colmo de una costurera?
Coser con agujas de cambista.
¿Cuál es el colmo de un fotógrafo?
Retratar con la cámara de diputados.
¿Cuál es el colmo de un tachero?
Hacer tachos con la lata de un rematador.
¿Cuál es el colmo de una peinadora?
Sostener el cabello con horquillas de juntar pasto.
¿Cuál es el colmo de un herrero?
Machacar el hierro con masa de confitería.
¿Cuál es el colmo de un dentista?
Colocar los dientes a un serrucho.
¿Cuál es el colmo de un enamorado?
Declararse a una chica... de tabaco.

Barraqueña.

¿Cuál es el colmo de un sastre?
Hacer un traje con el género humano.
¿El colmo de un aviador?
Atravesar con su aeroplano el mar... tirio.
¿El colmo de un basurero?
Levantar la basura con la pala... bra.
¿El colmo de un cocinero?
Hacer el puchero con la sal de una española.
¿El colmo de un sastre?
Hacer un traje con tela... de araña.
¿El colmo de un bebedor?
Embriagarse con el espíritu... Santo.
¿El colmo de un oculista?
Operar un ojo de... agua.
¿El colmo de un violinista?
Tocar el violín con el arco... iris.
¿El colmo de un doctor?
Poner a un manco un brazo... de mar.
¿El colmo de un equilibrista?
Bailar sobre las cuerdas vocales.
¿El colmo de un médico?
Dirigir una ópera... ción.
¿El colmo de una lavandera?
Lavar la ropa con el jabón de un asustado.
¿El colmo de un constructor?
Techar una casa con chapa... rrón.
¿El colmo de una costurera?
Coser una bata... lla.

M. C. C.

El de un orador.—Hablar con la boca del Riachuelo.

El de un cambista.—Hacer cambios en las vías... respiratorias.

El de un florista.—Hacer un ramo con rosas... náuticas.

El de un astrónomo.—Observar las estrellas del pabellón norteamericano.

El de un peluquero.—Cortarle el pelo a una cabeza... de puente.

El de una sirvienta.—Colocar en las ventanas cortinas... de fuego y barrer la casa con fuego de barrida.

El de un general.—Tomar al enemigo tres baterías... de cocina.

El de un guardatrén.—Pedir boletos para la estación de verano.

El de un soldado.—Saludar militarmente al Pabellón... de las Rosas.

El de un constructor de carros.—Poner a las ruedas de un carro rayes... X.

C. B.

PAPEL IMPRESO

Don Ernesto Tornquist y los pactos con Chile.—Datos para la historia, por Alberto del Solar. Folleto.

Cuestiones edilicias.—Monografía, por el doctor Ox.

Canto a Joaquín Suárez, por José Carduz Viera.

Proyectos de ley de Fomento Agrícola y Educacional, presentados por el diputado por la capital T. A. Le Breton. Suplemento al número 49 del Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación.

El crimen de la guerra, por Adolfo S. Carranza. Opúsculo.

Revista Militar, número 211, correspondiente al mes de agosto.

Cómo se escribe una obra para el cinematógrafo.—Opúsculo, publicación de la Compañía Cinematográfica "Ariel".

Otras publicaciones.—"Fray Mocho", número 333; "Páginas Argentinas", núm. 40; "La Producción Nacional", núm. 2; "Boletín de la Cámara Oficial Española de Comercio", núm. 40; "Boletín del Centro de Despachantes de Aduana", núm. 70; "Revista Telegráfica", núm. 72; "El Obrajero", núm. 16; "Arlequín", núm. 6; "Boletín del Centro Unión Corredores de Comercio", núm. 14; "El Faro", reflejo 161; "S K F", núm. 9; "Tribuna Libre", número 11; "Variedades", revista ilustrada de Lima; "Boletín de la C. Nacional de Fomento Rural", de Montevideo; "Víctor Hugo", de Asunción (Paraguay); "Almafuerte", de La Plata; Boletín de la Asociación "Orfelinato Masónico", de Buenos Aires; "Ariel", de Rosario; "Proteo", de Santiago del Estero; "El Magisterio", de Córdoba.

Con una libra de lana de oveja se puede fabricar un metro de tela.



William Duncan, popular figura del cine.



Reciente fotografía de Perla White, una de las más hermosas actrices de cine.



La Bella Lirio, artista de varietés, de los escenarios porteños.



Paquita Lot, de los teatros de varietés de Buenos Aires.



Olinda Bozán, parodiando a una tonadillera.
Fot. Bixio y Merlino

Impreso en Buenos Aires, en los talleres heliográficos de Ricardo Rada...
para la casa editora Empresa Haynes. Maipú 393, Buenos Aires : :